

PUNTO ROJO

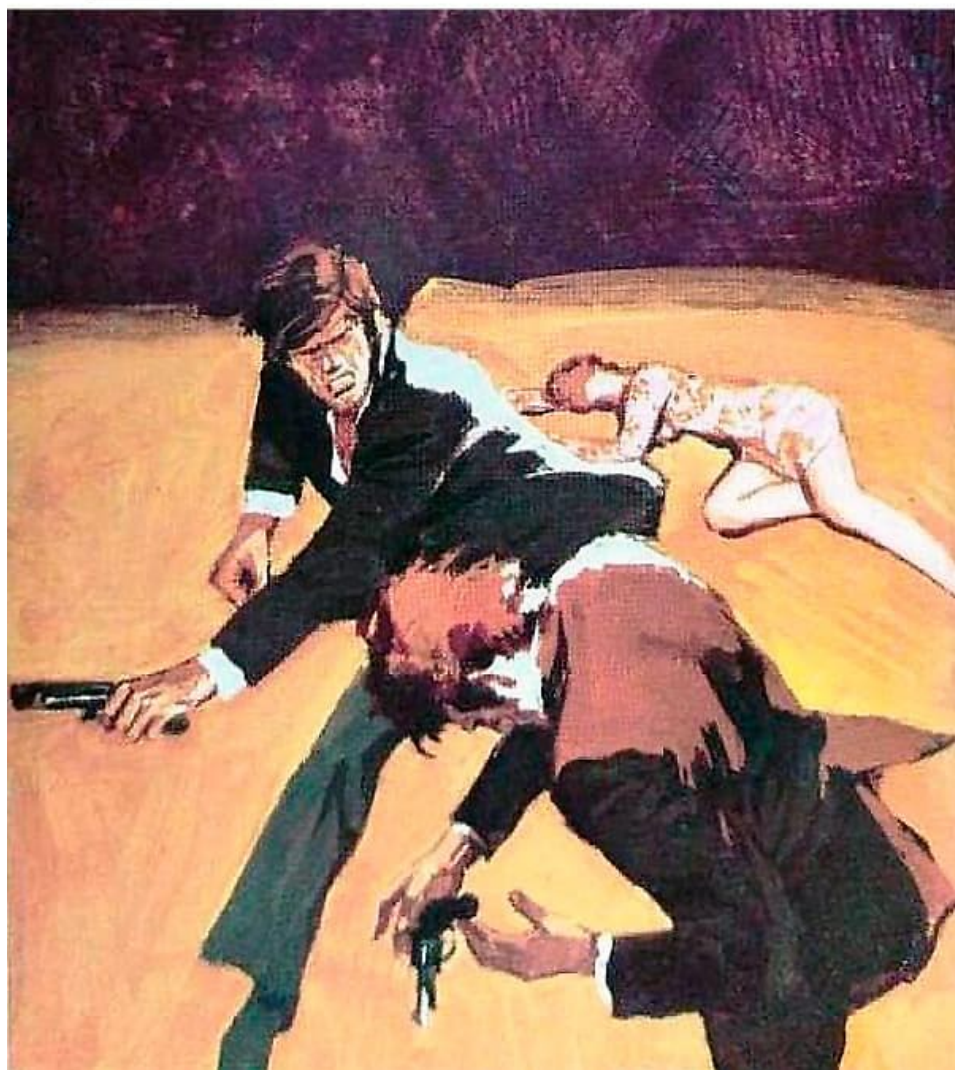
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T **POLICIACO**

DEGRADACION EN EL PARAISO

Burton Hare



Llegaban en bandadas procedentes de todo el país. Aviones enteros habían sido fletados por el protagonista del acontecimiento, y eran recogidos en el aeropuerto por caravanas de brillantes Rolls Royce pintados de blanco expresamente para la ocasión.

Los más famosos columnistas de sociedad, los más sonoros nombres de la chismografía profesional que hacían latir los corazones solitarios de las solteronas, las frustradas o las frías de medio mundo desfilaban a bordo de los blancos coches hasta sus plazas reservadas en los más caros hoteles de Las Vegas.

Bill Trumbo llegó a bordo de su propio Mustang cubierto de polvo y nadie salió a recibirle a la entrada de la ciudad. Y sin embargo, en cierta forma, él también estaba allí invitado por el magnate organizador de la «boda del siglo».



Burton Hare

Degradación en el paraíso

Bolsilibros - Punto rojo - 1113

ePub r1.0

Lds 26.11.17

Título original: *Degradación en el paraíso*

Burton Hare, 1983

Colección PUNTO ROJO n.º 1113. Bruguera – 1983

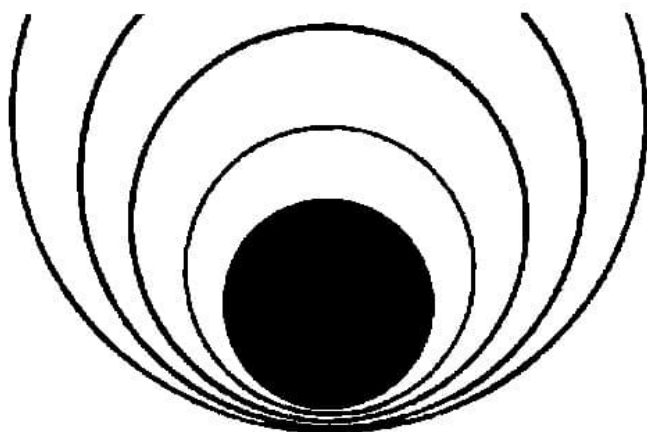
Colección PUNTO ROJO n.º 19. Ediciones B – 1990

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





PUNTO ROJO

CAPÍTULO PRIMERO

Llegaban en bandadas procedentes de todo el país. Aviones enteros habían sido fletados por el protagonista del acontecimiento, y eran recogidos en el aeropuerto por caravanas de brillantes Rolls Royce pintados de blanco expresamente para la ocasión.

Los más famosos columnistas de sociedad, los más sonoros nombres de la chismografía profesional que hacían latir los corazones solitarios de las solteronas, las frustradas o las frías de medio mundo desfilaban a bordo de los blancos coches hasta sus plazas reservadas en los más caros hoteles de Las Vegas.

Bill Trumbo llegó a bordo de su propio Mustang cubierto de polvo y nadie salió a recibirle a la entrada de la ciudad. Y sin embargo, en cierta forma, él también estaba allí invitado por el magnate organizador de la «boda del siglo».

Bill Trumbo se había tomado la cosa con cierta filosofía, y de acuerdo con el director y propietario de la agencia, en Nueva York, había decidido que el viaje fuera una parte de las vacaciones que le debían.

De modo que entró en Las Vegas bajo un sol de castigo, cansado y con tanto polvo casi como la carrocería de su coche.

Se dirigió en medio del caótico tráfico hacia el hotel que le habían asignado y, no sin cierto asombro, comprobó que había una habitación a su nombre.

Prolongó la ducha hasta sentirse de nuevo más o menos vivo. Encendió un cigarrillo y fue a dar un vistazo por la terraza, hacia los jardines, hacia la inmensa piscina de formas delirantes en un extremo, de la cual se alzaba un surtidor de veinte metros de altura en medio de una catarata de espuma.

Se quedó boquiabierto. Era un espectáculo deslumbrante en un

paraíso donde unos pugnaban por deslumbrar a los otros, compitiendo en ofrecer más que el vecino, mejor y más caro.

En torno a la piscina, incontables bellezas se tostaban al sol, o retozaban alegremente en el agua. La mayoría de ellas se ganaban el sustento exhibiéndose con sus precarios bikinis, y algo extra cuando se los quitaban.

Trumbo se extasió contemplándolas, ajeno al sol que a pesar de la hora tardía aún calentaba como el infierno. Luego, con un suspiro, retrocedió.

Vació la maleta colgando las ropas en el armario. En el fondo de la valija quedó un arnés de cuero conteniendo un panzudo revólver del «45» de cañón corto, apenas dos pulgadas. Lo miró titubeando y al fin lo dejó donde estaba y cerró la maleta.

Consultó un número que llevaba anotado, lo disco al teléfono y esperó. Una eternidad más tarde el aparato cobró vida en su oído.

—Habla Trumbo —dijo—. William Trumbo.

—¿Con quién desea hablar?

—Más bien creo que ustedes «deseen» hablar conmigo.

—¿Dijo usted señor Trumbo? Hizo una mueca.

—¡Dije Bill Trumbo!

—Aguarde un momento.

Esperó. Maldijo una vez más a su jefe de Nueva York por haberle endosado el trabajito.

—¿Señor Trumbo? —dijo el auricular en su oreja.

—Aún estoy aquí.

—¡Las instrucciones para usted son que venga aquí antes de las nueve de la noche! Es todo.

—¡Magnífico, hermano! ¿Se supone que debo saber la dirección por telepatía?

—Me parece que no va a gustarnos su sentido del humor. ¿No le dieron las señas del rancho?

—Sólo ese teléfono.

—Está bien, tome nota...

Recibió instrucciones suficientes para localizar un rancho en el desierto. Tan precisas que con ellas pensó que casi podría encontrar una mina de oro.

Cuando colgó estaba más disgustado que nunca.

El casino del hotel funcionaba a tope cuando Bill descendió,

dispuesto a dar un vistazo a la ciudad antes de dirigirse a su destino.

Sólo que se acercó a una mesa, y cuando llegó la hora de emprender el camino del rancho le habían limpiado doscientos tres dólares.

Eso tampoco contribuyó a mejorar su humor.

Fue en busca del coche al garaje del hotel. Alguien lo había limpiado durante la tarde y brillaba como en sus buenos tiempos. Dejó atrás la ciudad y se internó por la carretera del desierto.

Primero localizó la entrada a las tierras del millonario.

A ambos lados de un rústico arco de madera brillaban los cráneos pelados de dos calaveras. Una era de un cuernilargo.

La otra, de un ser humano.

Perplejo, condujo internándose en las lindes del rancho. Inmensas extensiones de tierra, prados resecos, lomas y matorrales. No era un paisaje alentador.

La noche le sorprendió cuando se aproximaba a la casa. Y allí tuvo otra respuesta, porque no era ciertamente un rancho tradicional, sino una absurda, inmensa, maciza construcción de piedra oscura inundada por las luces que se habían encendido alrededor.

Apenas hubo abandonado el coche apareció un hombre en la puerta de roble. Era delgado, vestía un extraño uniforme y su cara de palo tenía, expresión vital como la calavera que le saludara al entrar en las tierras del millonario.

—¿Señor Trumbo? —preguntó.

—Bill Trumbo.

—Perfectamente, señor. ¿Trae equipaje?

—¿Equipaje? Por supuesto que no. Tenía una habitación reservada en un hotel y allí lo dejé.

El hombre no se inmutó.

—Quizá alguien haya sufrido una confusión. Entre, por favor. El señor Tildeman está a punto de llegar.

Entró. El interior era tan absurdo como lo que llevaba visto hasta entonces. Pero el lujo más extremado reinaba hasta en los más insignificantes detalles.

Fue introducido en un salón que en contraste le produjo una sensación de alivio. Era de dimensiones normales, con estanterías

llenas de libros, un magnífico bar al fondo, y cuadros de costosas firmas esparcidos allí donde las estanterías dejaban algún hueco.

—Sírvase a su gusto, señor —le indicó el guía—. Le avisaré cuando llegue el señor Tildeman.

—Muy bien.

Se dirigió al bar, atrapó una botella, hielo y un vaso y se encaramó en uno de los altos taburetes dispuesto a esperar.

El excelente *whisky* le reconcilió en parte consigo mismo.

Había bebido dos vasos cuando oyó un leve rumor a sus espaldas. Se volvió. Abrió la boca, estupefacto. Pensó que los ojos iban a caerle al suelo.

Estaba mirando la más bella aparición que viera en toda su larga y accidentada vida.

La muchacha no pasaría de los veinte años, era de elevada estatura y su cuerpo atesoraba todos los encantos que una mente lujuriosa pudiera soñar.

Al fin recobró la voz y dijo:

—Hola. Me llamo Trumbo.

—¿Trumbo?

—Bill para los amigos.

—Yo soy Irina.

—Ahora que ya nos conocemos, ¿quiere beber algo?

—¿Qué bebe usted?

—*Whisky* con hielo.

—Tomaré lo mismo, gracias.

Él lo preparó, y entretanto la muchacha se encaramó a un taburete. Dijo:

—Soy la hermana de Nora. Su única hermana.

—Ya... ¿Y quién es Nora?

Ella le miró y esta vez fue su boca la que formó una gran «o» de sorpresa. Incluso en la boca abierta se veía adorable, con una expresión cual si hubiera sido besada en alguna parte inesperada y no pudiera decidir si le gustaba o no.

Al fin jadeó:

—¿Usted no sabe quién es Nora?

Sus hermosos ojos azules y profundos le miraban como si estuviera ante un ser de otro planeta.

Bill gruñó:

—Lamentablemente, no sé de quién me habla.

—Pero ella, Nora...

—¿Sí?

Ella tomó el vaso y bebió un sorbo sin dejar de mirarle.

—Oiga —exclamó—. ¿Quién es usted?

—Bill Trumbo.

—Además del nombre.

—Entonces pregunte «qué» soy.

—Está burlándose de mí. ¿No es un invitado? Él se encogió de hombros.

—Pregúntele al señor Tildeman cuando llegue.

Ahora, la muchacha bebió en silencio, ceñuda e intrigada. Parecía una niña a la que acabaran de revelar que los niños no vienen de París.

—No me gusta usted —soltó de pronto—. Sea quien sea, no me gusta.

—Lo siento, pero no tiene que acostarse conmigo, creo yo.

—¡Además es usted un grosero! Nuevo encogimiento de hombros.

Y otro largo silencio mientras ella apuraba su *whisky* poco a poco. Luego masculló:

—Le preguntaré a Evan cuando llegue.

—¿Evan?

—El señor Tildeman.

Dejó el vaso sobre el mostrador, saltó del taburete y se encaminó a la puerta. Verla moverse era una delicia.

Bill esperó a que llegara a la puerta. Entonces dijo:

—Adiós, Irina. ¿Sabe que tiene las piernas más bonitas que he visto nunca? Ella soltó un bufido, salió y cerró de un portazo.

Resignadamente, Bill se sirvió otra dosis, le añadió hielo y dejó volar la imaginación detrás de la adorable figura de la muchacha.

Irina.

¿Y quién infiernos era su hermana? Lo dejó correr.

Pero no era tan fácil olvidar aquella filigrana juvenil, de rostro aniñado y tan hermoso que le dejaba a uno sin aliento.

Empezó a oírse el lejano zumbido de un avión. El sonido creció hasta volverse atronador cuando pasó rugiendo por encima de la casa.

Llevando el vaso en la mano, Bill atravesó la cristalera y salió al jardín, a tiempo de ver las sombras del *jet* bimotor evolucionar en medio del chispear de sus luces de situación.

Aterrizó a poca distancia de la casa y el estrépito cesó, dejando la noche extrañamente quieta y silenciosa.

El gran Evan Howard Tildeman había llegado.

CAPÍTULO II

Evan Howard Tildeman era uno de los hombres más ricos de América. Eso no lo discutía nadie.

Incluso había quien afirmaba que si un solo año Tildeman dejara de pagar sus impuestos, la economía del Gobierno se tambalearía. Eso quizá fuera una exageración, pero sin ninguna duda aquel hombre era una colosal economía cuidadosamente mimada por el fisco.

Para Bill Trumbo resultó una sorpresa ver aparecer a semejante mito de las finanzas y, especialmente, de las portadas de toda revista de chismes que se preciara. Ya no era joven, habría dejado atrás los cincuenta años, su estatura era mediana y debajo de su redondo mentón se balanceaban dos papadas muy respetables.

Oscuras sombras rodeaban sus ojos agudos, de ave de presa. La boca parecía un tajo sombrío en mitad de la cara.

El potentado se detuvo en el umbral, dejando que Trumbo le viera bien antes de avanzar. Tras él aparecieron dos mujeres y un hombre corpulento.

—¿Usted es Bill Trumbo? —preguntó con voz sonora.

—Seguro.

Hizo un ademán y los que le seguían retrocedieron, cerrando la puerta. Tildeman se encaramó a un taburete junto a Bill.

—Sírreme un trago. Con hielo.

Trumbo le miró de reojo. Empujó la botella hacia el millonario. Tras la botella señaló los vasos y dijo:

—El hielo está al otro lado del mostrador.

—Dije que me sirviera usted.

—No vine aquí como camarero, señor Tildeman.

—Ya veo...

Bajó del taburete, rodeó el mostrador y fue a buscar el hielo. Los cubitos tintinearón contra el cristal y al fin llenó el vaso hasta los bordes.

—Tengo la corazonada de que usted y yo no vamos a entendernos bien, Trumbo. Bill se encogió de hombros.

—Es más que posible. De todos modos yo no pedí venir aquí desde Nueva York.

—¿Sabe cuál va a ser su trabajo?

—No.

—Se lo detallé a un tipo llamado Spellman.

—El director. Pero él debió pensar que era preferible que me lo detallara a mí personalmente, puesto que era yo quien iba a realizar el trabajo.

El millonario bebió un largo sorbo. Casi vació el vaso. Al fin explicó:

—Voy a casarme, aunque eso ya lo sabe, supongo. Toda esa conmoción en la ciudad es a causa de mi boda, y de la fiesta que habrá después.

—Muy bien.

—Dos mil invitados.

—Mucha gente para una boda, me parece a mí. Tildeman ladeó la cabeza y le clavó una mala mirada.

—Me pregunto si no sería preferible despedirle a usted y buscar a otro. Sólo obtuvo encogimiento de hombros como respuesta.

—Bueno, los festejos se desarrollarán aquí, en el rancho. Nadie sabe cuánto tiempo durarán porque la gente nunca se cansa de divertirse en grande, lo cual es lógico. Así que no quiero extraños metiendo la nariz donde no deben.

Hizo una pausa para acabar con el *whisky* que quedaba en el vaso. Bill gruñó:

—Siga.

—Tengo vigilantes armados, por supuesto. Gente ruda, fiel y sin complejos si han de apretar el gatillo para ahuyentar a los fisgones.

—Entonces, ¿para qué demonios me necesita a mí?

—Usted es un profesional. Por lo menos, pedí el mejor de que fuera posible disponer. Yo siempre adquiero lo mejor. Quiero que organice los servicios de seguridad, que los supervise, que distribuya los puestos de vigilancia. Tienen carta blanca en todo lo

que ocurra dentro de las tierras del rancho, sea lo que sea que hagan contra todo aquel que intente venir a espiar, o sacar fotografías.

—Hay cientos de reporteros también metidos en esto, señor Tildeman.

—Estarán en el banquete, pero no en la fiesta. Cuando yo lo ordene saldrán de mis propiedades. Todos. A partir de ese momento ningún extraño podrá entrar en el rancho.

—No me gusta eso.

—¿Y a quién le importa lo que le gusta a usted o no?

—Por lo menos a mí me importa. Mire, vamos a llamar a cada cosa por su nombre. Lo que usted está diciéndome es que podremos disparar libremente sobre todo aquel que intente meter la nariz en la orgía que ustedes van a organizar.

—Ni más ni menos.

—Como una cacería de patos.

—Yo les respaldo, Trumbo. Mis abogados solucionarán cualquier incidente que ocurra. Y déjeme decirle que su manera de calificar mi fiesta...

—¿Se refiere a lo de que será una orgía?

—Exacto.

—Olvídelo. Es sólo una manera de hablar, pero lo que se va a desarrollar aquí será una orgía, si la mitad de lo que yo he leído de usted es cierto.

Tildeman resopló.

—Lárguese, Trumbo —dijo con voz silbante—. Acaba de echar por la borda la mejor oportunidad de su vida. Pensaba contratarle a usted directamente después de este trabajo. Hubiera ganado un sueldo como ni siquiera soñó jamás, sólo que acaba de estropearlo.

Bill saltó del taburete. No parecía impresionado.

—Antes —dijo, ceñudo—, debería usted preguntarse si yo aceptaría un trabajo como éste.

—Todo el mundo acepta ganar dinero.

—Ahí es donde se equivoca. Una cosa es ganar dinero, y la otra venderse como una prostituta. Soy demasiado viejo para eso.

Se encaminó a la puerta. Tildeman rechinó los dientes y ladró:

—¡Párese ahí, desgraciado! Se detuvo, volviéndose.

El millonario barbotó:

—Haré que le echen a puntapiés de la agencia. Nunca más encontrará otro empleo como detective privado en Nueva York. Tengo poder para eso y mucho más, y usted va a comprobarlo.

Bill sacudió la cabeza.

—Tal vez lo consiga o tal vez no —replicó con forzada calma—, pero si aceptara su oferta y durante esa bacanal que se prepara alguno de los matones a mis órdenes matase a alguien, jamás podría volver a mirarme a un espejo sin sentir náuseas.

—¡Fuera de aquí! —rugió Tildeman.

Bill Trumbo giró sobre los talones y se dirigió a la puerta resueltamente. Antes que pudiera abrirla, alguien lo hizo desde el otro lado y él se detuvo.

Una mujer quedó bajo el umbral. Era alta, de unos veinticinco años, llena de curvas, espectacular y sofisticada. No cabía duda que una mujer semejante podía abrirse paso en la vida hasta alcanzar la cumbre.

Bill dejó resbalar la mirada por cada curva, por cada descarado recoveco de aquel cuerpo increíble.

Tras él, Tildeman gruñó:

—Entra, Nora. Trumbo ya se iba. Bill exclamó:

—Así que usted es Nora...

—¡Lárguese, Trumbo! —bramó la voz del millonario.

Salió sin saber si debía sentirse satisfecho o no de su comportamiento. Pensó que, por lo menos, aún era capaz de tomar sus propias determinaciones como ser humano, libre y cuerdo.

Lo de cuerdo le hizo sonreír. Echar por la borda una oportunidad de llenarse los bolsillos no era precisamente un síntoma de cordura, se dijo con sorna mientras se instalaba ante el volante del Mustang.

En la explanada había ahora cinco o seis autos más. Coches costosos, de importación, brillantes de cromados.

Bill condujo sin prisas por el camino que debía sacarle del imperio turbio y absoluto de un hombre que parecía corromper cuanto tocaba.

Mientras manejaba descuidadamente se entretuvo en recordar todo cuanto sabía del gran Tildeman, de sus negocios, de sus incesantes viajes, de sus indescriptibles bacanales...

No le gustó nada de todo ello y lo dejó correr.

La noche era quieta, caliente, cuando tras él aparecieron los faros de otro auto lanzado a toda velocidad.

CAPÍTULO III

Un poderoso Rolls Royce le adelantó con facilidad. Era un coche como un acorazado, pesado y rápido. Éste no había sido pintado de blanco, pensó al verlo pasar por su lado. Unos metros más adelante realizó una absurda maniobra y quedó cruzado en el camino cerrándole el paso.

Bill frenó bruscamente en medio del rechinar de las llantas.

—¿Qué infiernos les pasa, ya están borrachos antes de empezar la juerga? Dos hombres saltaron del Rolls.

Los dos eran altos, macizos, y se pararon junto al auto de Trumbo. Sus caras no tenían ninguna expresión.

Uno dijo:

—Usted debe de ser Trumbo.

—Seguro.

—Apéese.

—¿Por qué? Saquen ese cacharro de ahí o lo empujaré yo.

—¡Baje de su carromato, Trumbo!

—¡Maldita sea!

Abrió la portezuela y saltó fuera.

Antes que sus pies tocaran el suelo, un puño como una roca estalló contra su cara. Bill sintió lo mismo que si le hubiera pateado una mula.

Cayó contra la carrocería, tan aturdido por la sorpresa como por el mazazo. El que le había golpeado cacareó:

—¡Es un tipo muy blando, Chuk!

—Sí. Levántese, Trumbo.

—Quizá lleva un revólver —sugirió el otro—. Esos detectives privados se creen grandes desde que la televisión se emperró en convertirlos en héroes.

—Ahora lo veremos.

Una garra se cerró sobre las solapas de Bill, casi levantándolo a pulso. Otra mano le tanteó los lugares factibles de ocultar un arma.

—No lleva nada —dijo el tipo, como si eso le doliera.

—Bueno.

Le soltó. Pero casi con el mismo movimiento le hundió el puño en el estómago y el detective dio una vuelta y acabó estrellándose contra la carrocería de su coche.

Quedó allí jadeando, hirviendo de ira como una caldera a presión. Tras él, el matón dijo:

—Me gustaría saber qué le hizo usted al patrón para que estuviera tan furioso. Dijo que le diéramos un buen repaso, ¿sabe? De modo que esto no es nada personal.

Aún apoyado en la carrocería, Bill masculló:

—Así que ustedes son dos de los fieles vigilantes armados de que me habló.

—Ni más ni menos.

—Y van a darme un repaso...

—Son las órdenes, amigo. El señor Tildeman dijo que no le gustaba nada su cara y que quería que la cambiásemos un poco. Eso es justamente lo que vamos a hacer.

—Ya veo.

—Nada personal, como dije antes.

—Siempre es un consuelo.

Se divertían. A veces les caían trabajitos tan fáciles como ése. Riendo, Chuk avanzó blandiendo sus grandes puños.

Trumbo rechinó los dientes y apoyó todo su peso en la carrocería que tenía detrás. Chuk disparó el puño como una bala. Seguía riéndose.

Sólo que entonces las cosas variaron un poco.

Billladeó el cuerpo lo justo para esquivar el golpe, basculando sobre la carrocería del descapotable, y al mismo tiempo lanzó un puntapié capaz de reventar un balón... si hubiera sido un balón lo que recibió el impacto.

Pero no fue un balón.

La punta del zapato se hundió como una bala entre los muslos de Chuck y éste salió volando, encorvado, hasta que cayó revolcándose por el suelo y lanzando aullidos de agonía.

El otro le miró tan asombrado como si hubiera visto caer a su lado un platillo volante.

Luego, blasfemando a gritos, se lanzó al ataque.

Su primer golpe hizo trastabillar a Bill, pero antes que pudiera sacudir un segundo puñetazo, Trumbo disparó un terrible zurdazo que entró entre sus manos y se estrelló contra la nariz del matón.

Hubo un estallido de sangre y un crujido y el tipo se desplomó de rodillas, boqueando.

Ahora Trumbo estaba furioso. Mucho más furioso de lo que recordaba haber estado jamás. Volteó la pierna y aplastó la suela del zapato contra la cara sangrante del guardián.

Sonó un nuevo crujido de huesos y cartílagos al romperse, y esta vez el hombre aterrizó de espaldas y ya no se movió más.

Le registró. Encontró una potente pistola automática calibre «45». La empuñó, hizo saltar el seguro y esperó recostado contra su coche.

Chuk comenzó a enderezarse con dificultad. Debía sentir todos los dolores del infierno, porque quedó encorvado, temblando y con las manos apretadas contra el lugar machacado.

—Eso vas a pagarlo caro, estúpido —jadeó. Trumbo no dijo nada. Siguió esperando.

Chuck separó la mano derecha de la otra y tras una vacilación la hundió bajo la solapa.

Bill tiró del gatillo y la «45» tronó en el silencio del desierto. La bala pasó rozando los cabellos de Chuck y se perdió a lo lejos.

—Yo en tu lugar sacaría la mano vacía, compañero. Y observa que ésta es la pistola de tu compinche, así que si te mato, él cargará con el mochuelo.

El rufián siguió el consejo, porque no seguirlo significaba recibir un plomo de más de cien gramos en la barriga.

Pero dijo:

—¡Maldita sea! No sabes el lío en que acabas de meterte. El patrón te crucificará.

—Hasta que eso suceda voy a demostrarle a tu amo que a sus perros podrá azotarlos cuando esté de mal humor, pero a mí no. Acércate.

Chuk obedeció a regañadientes. Sin que pudiera prevenirse, recibió un terrible golpe con la pistola en mitad de la cara. Hubo un

surtidor de sangre y el matón se apagó como una vela.

Bill le despojó de una automática idéntica a la otra.

Tras esto, arrojó los dos cuerpos en el estrecho espacio posterior de su coche, le dio la vuelta y emprendió el camino de regreso al rancho.

Chuk despertó antes de llegar. Comenzó a quejarse amargamente, revolviéndose para librarse del corpachón de su compañero. Cuando logró sentarse a medias sobre éste barbotó:

—¿A dónde diablos cree que va, Trumbo?

—Al rancho. Alguien debe decirle a tu amo que si se pasa de rosca se encontrará con la cara del revés en el momento más inesperado.

—Está chiflado.

—¿Tu amo?

—¡Usted, idiota!

—Tal vez. Si te fijas bien, tengo tu automática a mi lado. Intenta hacer el héroe y recibirás un plomo en la cara.

—¿Y después qué?

—Si te mando al infierno eso ya no debería inquietarte.

El pistolero lo pensó detenidamente. Cerró la boca y buscó una postura más cómoda, sin importarle demasiado su socio, hecho un ovillo bajo sus pies.

La brillante iluminación del edificio era como una puñalada de luz que desgarrara la noche. Trumbo detuvo el coche a un lado y apagó el motor.

Saltó fuera con la pistola en la mano.

—Chuk, amigo mío, puedes acabar la noche con la cabeza sobre los hombros o puedes terminarla con un agujero. ¿Qué te parece?

—Empiece a preocuparse por usted, Trumbo.

—Lo estoy, créeme. Pero eso no te llevará a ninguna parte. Empieza por salir de ahí, cárgate a tu camarada sobre el hombro y echa a andar hacia donde te diga. Y no olvides la «45».

—Buena la va a armar, maldito estúpido...

Pero sacó a su compañero, que seguía sangrando a chorros, se lo cargó al hombro y entró en la casa seguido de Bill.

El sirviente uniformado no se cayó de espaldas de milagro.

Evan Howard Tildeman continuaba en el salón en compañía de su futura sexta esposa. Pero ahora estaba también allí la bellísima

Irina, y al otro lado de la barra un individuo cuya cara sorprendió no poco a Trumbo cuando lo vio.

Se llamaba Marcus Cope, y la policía de varios estados habrían dado cualquier cosa por echarle el guante... sólo que jamás pudieron hallar ni una sola prueba contra él.

Cope agitaba una coctelera cuando entró la comitiva. El asombro le inmovilizó, con la coctelera en alto, semejante a una figura petrificada.

Las dos mujeres se volvieron, perplejas. Irina lanzó un breve grito de espanto.

Chuk era la imagen de la derrota cargado con su compañero, de cuya cara seguía goteando sangre sobre la costosa alfombra. Su propio rostro, machacado por el golpe que recibiera, infundía espanto.

Bill cerró la puerta y le empujó.

Tildeman fue el primero en salir de su estupor.

—¡Condenación! ¿Qué...?

—No me gustó su embajada, Tildeman. He vuelto para decírselo. Si envía otra adviértales que recibirán una rociada de plomo en los sesos en lugar de sólo unos golpes. Espero que haya hablado bastante claro para su intelecto.

El millonario temblaba de ira. Estaba lívido. No recordaba que nunca antes se hubiera atrevido nadie a semejante desafío.

—¡Le aplastaré! —rugió al fin—. ¡Jamás volverá a levantar cabeza, Trumbo, se lo juro!

—Por lo menos, sé que lo intentará. Que lo consiga o no es otra cuestión. Usted mandó a esos dos matones para que me destrozaran la cara a golpes, sólo porque yo no accedí a convertirme en otro de sus perros de presa. Eso me disgustó, y cuando me disgustó me vuelvo tan obstinado como pueda serlo usted.

—¡Fuera de aquí, hijo de perra!

—Cuando haya terminado. Tildeman ladeó la cabeza.

—Marcus, sal y llama a los vigilantes.

Marcus Cope dejó la coctelera sobre el mostrador. Bill balanceó el revólver.

—Piénsalo dos veces, Cope —dijo. Se quedó muy quieto donde estaba.

Saliendo al fin de su estupor, la futura señora Tildeman

balbuceó:

—¿Qué significa todo esto, cariño? No puedes permitir que un pistolero entre aquí y nos amenace de ese modo.

—¿De veras cree eso? —le espetó Bill—. Por lo visto su futuro marido puede ordenar que sus matones hagan pulpa la cara de otro sin que el elegido tenga derecho ni a rechistar.

Fugazmente, Trumbo miró a Irina. La bellísima muchacha no parecía tampoco muy feliz.

—Me llevo las armas de sus dos perros, Tildeman. Si alguien trata de seguirme se encontrará con un plomo donde más le duela.

—¡Maldito bastardo! Nadie se atrevió jamás...

—Yo sí me atreví.

Volteó el brazo y pegó un trallazo con el cañón de la pistola contra la cara del millonario. Sin un grito, Tildeman cayó cuan largo era sobre la alfombra con la mejilla sangrando.

—Yo también juego rudo cuando me obligan, Tildeman.

Retrocedió hacia la puerta sin que nadie moviera un dedo para impedirselo. Los ojos de Irina le seguían igual que fascinados.

Cerró la puerta a sus espaldas, se guardó la pistola en el bolsillo y a bordo del Mustang salió zumbando.

El impresionante Rolls Royce continuaba cruzado en la carretera. Bill paró su coche, entró en el otro y puso el motor en marcha.

Con la portezuela abierta introdujo una velocidad, soltó el embrague y brincó fuera del enorme vehículo.

El Rolls adquirió velocidad, saltó fuera de la carretera y empezó a dar tumbos por el desierto.

Justo cuando reanudaba el viaje, Bill oyó un tremendo estrépito de cristales rotos y metal machacado. El brillante acorazado había terminado su carrera.

Y Tildeman tendría un motivo más para acordarse de él, naturalmente.

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente, Bill Trumbo se levantó tarde, dio un vistazo a la piscina y decidió que un buen baño era lo que le convenía para empezar bien el día.

Había las espectaculares mujeres de costumbre en torno a la soleada piscina, más algunos de los invitados de Tildeman alojados en el hotel, y a la espera de la tarde para empezar la gran fiesta que debería durar varios días.

Bill se zambulló de un salto. Al salir lo hizo inopinadamente junto a un cuerpo dorado que flotaba con suave abandono.

—Hola —exclamó, sacudiéndose el agua del rostro—. ¿Ha dormido usted en la piscina? Ella rió. Con un grácil gesto dio la vuelta y se sostuvo casi pegada a él.

—Casi —replicó—. Antes que llegaran todos ustedes, esta piscina era el único lugar en todo Las Vegas donde una podía aislarse.

—¿Para qué diablos quiere aislarse una chica como usted?

—Tal vez para olvidar.

—Olvidar... ¿qué?

Ella le sostuvo la mirada.

—¿Adónde trata de llegar, amigo?

—Lo más cerca posible de usted.

—¿Para qué? Encontrará todas las distracciones que quiera y más en la fiesta que empezará esta noche.

—Ahí se equivoca, preciosa. Yo no estoy invitado. Es más, si apareciera por el rancho, el gran Tildeman soltaría sus perros contra mí.

—¿No es uno de los invitados?

—En absoluto.

—¿Y está alojado en el hotel?

—Ajá.

—No lo entiendo. Todas las habitaciones fueron reservadas por Tildeman para sus invitados.

—La mía también. Pero luego perdí mis derechos.

Nadaron perezosamente hasta el borde de la piscina. Bill se encaramó arriba y ayudó a salir a la muchacha.

Sus ojos se extraviaron por el accidentado panorama de un cuerpo de curvas descaradas, piel dorada, y adornado por las dos diminutas piezas de un bikini reducido a la mínima expresión.

—Me gustaría saber qué le indispuso con el omnipotente señor Tildeman hasta ese extremo —murmuró, tendiéndose sobre una gran toalla bajo la sombra de un parasol multicolor.

—Sería demasiado largo de contar. ¿Vive usted aquí?

—¿En el hotel? Desde luego que no. Todas tenemos nuestros propios alojamientos, aunque de poco nos sirven. Pasamos la mayor parte del tiempo aquí. Para adornar la piscina, ya sabe.

—Entiendo.

—¿No resultará usted uno de esos moralistas a ultranza?

—¿Tengo cara de tonto?

—Era sólo una idea.

Se echó a reír. Su descarada mirada recorrió con calma los poderosos músculos que se adivinaban bajo la piel del hombre y luego comentó:

—No, su aspecto no es el de un predicador precisamente. Me llamo Samantha y me gustaría beber algo frío.

—Eso está hecho. Y llámame Bill.

Hizo señá a un mozo. Pidieron refrescos y poco después era como si se conocieran de toda la vida.

Ella parecía sorprendida. Dijo:

—No creas que eso me pasa con todos los moscones que se acercan a mí. Soporto mucho, pero soportarlos y congeniar son dos cosas muy distintas.

—Lo celebro.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en el hotel?

—No lo sé. Estaba decidido a largarme esta mañana. Ahora quizá prolongue un poco más mi estancia.

—¿Por mí?

—Ésa es la razón más importante. Y te aseguro que yo no soy uno de esos moscones de que hablaste.

Estuvieron un rato callados, oyendo vagamente las voces y el chapoteo en el agua. Bill apresó la mano de la muchacha entre los dedos y permanecieron así, adormecidos por el calor, el baño y el rumor que parecía flotar en el aire como el zumbido de una colmena.

De pronto, sin abrir los ojos, ella susurró:

—Eso es otra cosa que me gusta de ti, Bill.

—¿Qué?

—Ese silencio. Que estás junto a mí y no te creas obligado a mostrarte ocurrente, o a contarme tu vida, o lo desgraciado que eres al estar casado con una mujer que no te comprende. Sentirte junto a mí y no tener que pensar en nada. A propósito, tu mano también me gusta, es fuerte y suave a la vez.

—Y la tuya parece de terciopelo. Y está caliente.

—Yo también.

—¿Qué?

—Pero es muy temprano para hacer el amor.

—¿Hay horas predeterminadas para eso?

Ella rió entre dientes y sus dedos apretaron la mano que los aprisionaban.

—Tonto... mi querido tonto —suspiró—. A veces es bueno dejarse deslizar por la pendiente... sin otro fin que sentirse viva y libre, y deseada, y limpia...

Trumbo ladeó la cabeza y le miró de reojo. Ella estaba relajada, con los ojos cerrados, sumergida en ensueños que escapaban a su comprensión.

Un camarero se aproximó como si anduviera de puntillas. Carraspeó para llamar la atención y luego dijo, cuando los dos le miraron, intrigados:

—Señor Trumbo... el director le agradecerá que vaya a su despacho cuanto antes.

—Gracias.

El mozo se fue. Bill dijo con una sonrisa:

—El puntapié.

—¿Qué?

—Tildeman ha empezado a moverse. Cortésmente, el director

me invitará a desalojar la habitación. En otras palabras, a largarme al diablo de aquí.

—¿Pueden hacer eso?

—¡Claro que pueden!

—¿Aunque tú quieras pagar tu estancia?

—Apuesto a que no aceptarían. Tildeman empieza a cerrar puertas.

—Si es así, vas a verte en dificultades. Ese hombre es tremendamente poderoso.

Él se irguió apoyándose sobre un codo. Se quedó mirando a la muchacha extasiado, sonriendo.

—Mirarte es una delicia —murmuró.

—Hay otras delicias en mí. Baja la cabeza y te mostraré una de ellas.

El obedeció. La boca de la muchacha hizo diabluras en la suya. Por unos instantes se olvidó hasta de respirar, mientras sentía el estilete de su lengua jugando con los labios y todo se borraba a su alrededor.

Ella apartó la cara jadeando. Sus ojos relucían.

—Ya tienes bastante de momento —dijo—. La segunda sesión cuando hayas resuelto tu problema.

—Ajá. ¿Dónde estarás dentro de una hora?

—Aquí... o en el bar.

—Te buscaré.

La besó otra vez antes de levantarse. Ella le siguió con la mirada mientras se alejaba.

El director era un atildado, elegante y pálido individuo que parecía haber nacido dentro del impecable traje oscuro que vestía.

Sentado detrás de una enorme mesa curva, apenas levantó la cabeza cuando Bill entró en la oficina.

—Usted quería verme. ¿Qué ocurre?

—Lamento mucho tener que darle malas noticias, señor Trumbo.

—¿Ha sido anulada mi reserva? El hombre parpadeó.

—Exactamente. Espero que lo comprenda y sepa disculpar al hotel...

—Supongamos que yo deseo quedarme pagando mi hospedaje.

—Imposible. Totalmente imposible, señor Trumbo. La habitación ha sido asignada a otros invitados del señor Tildeman... por orden

de éste. Espero que sepa comprender nuestra delicada posición, señor.

Bill sonrió sin humor.

—Es fácil comprenderla. Imagino que un ladrido de Tildeman pone de pie a la mitad de la industria hotelera de Las Vegas.

—No sólo de Las Vegas, señor Trumbo.

—Claro, el poder del dinero y todo eso. Bien, no se preocupe. Me largaré de aquí antes del mediodía.

—Le doy las gracias por su comprensión. Cuando la estancia del señor Tildeman en la ciudad haya terminado tendremos un gran placer en recibirle a usted nuevamente.

—Temo que sería un placer demasiado caro.

Se despidió con un gesto y subió a la habitación. Preparó su escaso equipaje, cuidando de guardar las armas en el fondo de la maleta. La cerró, dio un vistazo en torno y se fue a la ducha.

Cuando volvió a la piscina, ya vestido, no vio a Samantha por ningún lado. La buscó con la mirada y al fin se dirigió al bar.

La hermosa muchacha tampoco estaba allí. Sin embargo, llamó al mozo y le preguntó por ella.

El hombre replicó:

—¿Se llama usted Bill Trumbo?

—Sí.

—La señorita Flint dejó una nota para usted.

El detective tomó el sobre y extrajo la hoja de papel que contenía. Samantha había escrito un lacónico mensaje:

«Lo siento mucho, Bill, no pude esperarte. Acaban de venir a buscarme para asistir a la fiesta de Tildeman en el rancho. Necesitan algunas chicas para los hombres que han llegado solos. Si sigues aquí me gustará verte cuando esto termine».

Bill rompió la nota en pedazos y los tiró a una papelería.

Media hora más tarde abandonaba la habitación precedido por un botones cargado con su maleta.

El encargado de recepción le llamó con un gesto.

—Me disponía a mandar a alguien en su busca, señor Trumbo.

Acaba de llegar un telegrama para usted.

El telegrama procedía de la oficina central de la agencia, en Nueva York.

En cierto modo era tan escueto como la nota de Samantha, pero mucho más rotundo. En él le notificaban lisa y llanamente que estaba despedido, que la agencia rescindía su contrato y que en consecuencia no era necesario que regresara siquiera.

Bill suspiró. Tildeman había empezado a apretar clavijas y resortes, a cerrar puertas... Estaba seguro que todas las agencias de detectives con cierto crédito habrían recibido corteses notas del millonario.

¿Para qué demonios iba a regresar a Nueva York? Habría otras oportunidades. El país era grande.

Al infierno con Tildeman.

CAPÍTULO V

La oficina era pequeña, bien instalada, con una cómoda sala de espera siempre abierta y un rótulo dorado en la puerta con su nombre y profesión.

Como casi todas las mañanas, Bill Trumbo dio un vistazo complacido a su nombre antes de empujar la puerta.

Había una mujer esperándole y eso fue una sorpresa. La primera del día. Después habría otras.

La mujer se levantó vivamente. Era de estatura mediana, sus ropas debían haber costado un buen puñado de dinero y lucía un solitario en un dedo que destellaba como un relámpago. Ya no era joven, ni mucho menos, pero realizaba grandes esfuerzos por disimularlo.

—Buenos días —exclamó Bill—. Ya que está aquí es que desea hablar conmigo, de modo que estaremos mejor en la oficina.

—¿Es usted Bill Trumbo?

—Sí, señora.

Abrió la puerta interior con la llave y ambos entraron. La mujer fue a sentarse en una butaca. Parecía muy cansada y había sombras oscuras en torno a sus ojos inquietos.

Dijo:

—Mi nombre es Marie Hayden.

Calló, mirándole como si esperase que el nombre fuera importante para él. O como si aclarase por sí solo su presencia.

Bill se limitó a esperar. Ella preguntó:

—Mi nombre, ¿no le recuerda nada?

—Lo siento, creo que es la primera vez que lo oigo.

—Sin embargo, mi hija le ha recordado siempre. Me hablaba a menudo de usted. El forzó su memoria, pero siguió a oscuras.

—Estoy seguro de que nunca hice ningún trabajo para ninguna mujer llamada Hayden, y hace más de dos años que me establecí aquí, en Los Ángeles.

—Mi hija no ha sido clienta suya, pero le conoció a usted en unas circunstancias muy especiales. Ella se llama Irina.

—¿Irina? Pues no... ¡Irina! —exclamó de pronto—. ¡Por todos los diablos, la pequeña Irina! Ya lo creo que fueron especiales las circunstancias en que nos conocimos.

La mujer suspiró.

—De modo que la recuerda.

—Sí, era la hermana de Nora, la joven que se casó con Evan Howard Tildeman. Una sombra cruzó por el rostro de la mujer.

—Así es —susurró.

—Bueno, dígame qué puedo hacer por usted. Tras unos instantes de vacilación, ella dijo:

—Mi hija ha desaparecido, señor Trumbo.

—¿Irina?

—Sí.

—¿Qué quiere decir exactamente con que ha desaparecido? Porque si la raptaron el asunto compete a la policía federal.

—No fue raptada. Por lo menos, eso espero. Ella huyó, pero dijo que se pondría en contacto conmigo de vez en cuando. No he vuelto a saber una palabra y hace más de dos semanas que se fue.

—Usted dice que huyó, sin embargo, cree que ha desaparecido... ¿No cree que sería preferible que me contara usted las cosas por orden, empezando por el principio?

—Tiene razón, pero estoy tan nerviosa y asustada...

—Tranquílese. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Deme un cigarrillo, por favor.

Cuando lo hubo encendido se echó atrás, recostándose en la butaca. Con la mirada perdida más allá del ventanal empezó:

—He dicho que Irina huyó y es verdad. Ella no quería que nadie conociera su paradero, ni siquiera yo, aunque me aseguró que me haría llegar noticias suyas para mi tranquilidad.

—¿De qué huyó, o de quién?

—De Howard Tildeman.

Bill pegó un salto y quedó de pie.

—¿Del marido de su hermana? —rechinó entre dientes. Ella

asintió con un gesto.

—Bien, cuéntemelo todo. El recuerdo que yo guardo de Tildeman no es precisamente placentero.

—Lo sé, y por eso he acudido a usted.

—¿Siguen casados su otra hija y Tildeman, o ya se divorciaron también?

—No se han divorciado. De cuantas se casaron con él Nora es la que ha durado más tiempo.

—Seis, si no me equivoco.

—La sexta fue mi hija, ciertamente. Pero no es un secreto para nadie que han habido decenas de otras mujeres entre tanto.

—Un tipo muy emprendedor, ese Tildeman.

—Un bastardo nauseabundo, degenerado hijo de perra —rechinó la mujer con voz silbante.

—De acuerdo. Ahora volvamos a su hija Irina.

—Sí. Da náuseas hablar de eso. Desde que se casó con Nora, Tildeman tenía los ojos puestos en Irina. Yo creo que en su retorcida mente existía la idea de dejar pasar un corto tiempo, divorciarse y casarse luego con mi otra hija. Sólo que Irina sentía un aborrecimiento total y absoluto contra él. Sabe que ha destrozado a su hermana, que la ha convertido en una degenerada... Pero no deseo hablar de eso, es demasiado penoso para mí. Lo cierto es que Irina nunca quiso volver a verlo desde el mismo día de la boda.

—¿Por qué desde la boda precisamente?

—Porque fue testigo de lo que sucedió allí la primera noche. Ni siquiera esperó a la mañana... ella y yo nos marchamos alrededor de las tres de la madrugada, abandonamos Las Vegas y regresamos a Nueva York.

—¿Tan mala fue la cosa?

—¿No estaba usted en Las Vegas?

—Salí en avión el mismo día de la boda. Tildeman ni siquiera llegó a darme el empleo por el que me hicieron viajar desde Nueva York.

—Lo sé, Irina me contó lo sucedido. Me dijo que usted golpeó incluso a Tildeman y que consiguió atemorizarle de tal modo que tardó más de una hora en dejar de temblar. No creo que nadie, nunca, le dijera aquellas cosas y menos se atreviera a golpearle.

—Todo eso es agua pasada. Volvamos a Irina, por favor.

—Sí Durante unos meses el matrimonio fue más o menos como cabía esperar. Fiestas, viajes, escándalos y bacanales repugnantes cada vez que él decidía divertirse a su manera. Después, cuando regresaron a Nueva York, empezó a asediar a Irina. Le mandaba flores, joyas, mensajes, citas. Ella no aceptó nada ni acudió a ninguna cita.

—¿Y...?

—Eso ha durado meses y meses, hasta que descubrimos que algunos de los esbirros de Tildeman se dedicaban a espiar a mi hija. Sabían en todo momento adónde iba y con quién. Si algún hombre se interesaba seriamente por ella, de repente se atemorizaba y tras una ridícula despedida por teléfono no volvía a aparecer. ¿Comprende la situación?

—Perfectamente.

—Eso decidió a Irina a marcharse donde no pudieran encontrarla. A cualquier lugar donde empezar de nuevo, incluso con otro nombre... el de Pauline Berger.

—¿No denunciaron ustedes ese acoso?

—¿De veras cree que habría servido de algo? Tildeman es una potencia en todas las esferas. Nadie nos hubiera escuchado, y menos careciendo de pruebas. ¿Qué podíamos decir, que algunos hombres seguían a mi hija por la calle? Se habrían reído.

Trumbo asintió rechinando los dientes.

—Acudí a una agencia de detectives privados, una gran agencia de Nueva York. Les pedí que obtuvieran pruebas y fotos del espionaje a que Irina estaba siendo sometida. Fueron lo bastante honestos para renunciar al trabajo.

—Comprendo.

—Fue entonces cuando pensé en usted, pero Irina decidió marcharse y creímos que era lo mejor que podía hacer.

—Y al fin ha decidido recurrir a mí. ¿Ha venido usted desde Nueva York sólo para eso?

—Sí. Llegué anoche y me instalé en un hotel. Le aseguro que no pude dormir en toda la noche.

—Está bien. Ahora dígame qué es exactamente lo que quiere que yo haga.

—Encuentre a Irina, sólo eso. Encuéntrala, pero no revele a nadie su paradero, ni siquiera a mí. Mi hija Nora, o el maldito

Tildeman, podrían sacarme la información incluso contra mi voluntad. Sólo hágame saber que ella está bien y a salvo, y me daré por satisfecha.

—¿Se da cuenta de las dificultades de lo que me pide?

—Sé que usted no le teme a Tildeman, señor Trumbo.

—Ese tipo me produce escalofríos sólo con recordarlo, pero yo me refiero a otra cosa. Localizar a una muchacha que ha podido cambiar de aspecto y de nombre diez veces, sin tener la menor pista, es algo poco menos que imposible.

—Ella vino a Los Ángeles.

—¿Está segura?

—Por lo menos eso aseguró al despedirse.

—¿Con el nombre de Pauline Berger?

—Sí.

—¿Tomó un avión?

La mujer sacudió la cabeza.

—Dijo que pensaba hacer el viaje en tren y autobús porque eso era más seguro. Bill arrugó el ceño reflexionando profundamente. Luego murmuró:

—Ella temía que Nora o Tildeman pudieran arrancarle a usted lo que supiera, ¿no es cierto?

—Exacto.

—En tal caso, quizá tomó un avión. ¿Recuerda la fecha exacta en que se fue?

—El día siete de este mes. Salió de casa a las siete de la mañana.

—¿La siguieron también los esbirros de Tildeman?

—No, nunca había espías a esa hora tan temprana.

Bill se echó atrás en el sillón y entrecerró los ojos, preocupado. Encendió distraídamente un cigarrillo y pasaron los minutos lentos, en silencio.

Al fin suspiró, enderezándose.

—Muy bien, buscaré a Irina —decidió—. Pero debo decirle que no confío en tener éxito. Necesitaré una fotografía de su hija para empezar.

—Le he traído una.

—Otra cosa. ¿De qué color tenía el cabello cuando se marchó?

—Negro. Es su color natural, intensamente negro.

—Lo recuerdo. Deme esa foto y sus señas de Nueva York, si

piensa regresar allí.

—Voy a quedarme en Los Ángeles de momento.

—¿Hasta cuándo? Este asunto puede durar semanas, y no es seguro que tengamos éxito.

La mujer se limitó a encogerse de hombros. Tendió una fotografía tamaño postal y Bill le dio un vistazo.

Sonrió al reconocer en ella a la deliciosa muchacha que viera en el salón de Tildeman. Entretanto, la mujer murmuró:

—No hemos hablado de sus honorarios, señor Trumbo. Tengo dinero para pagarle lo que pida. Es lo único que me ha proporcionado el matrimonio de Nora. Dinero. Y ahora creo que hasta lo odio.

—Tómelo con calma. Ya hablaremos de mis honorarios en su momento. Se levantó. La mujer sonrió forzosamente.

—Quiero decirle a usted algo, señor Trumbo.

—Adelante.

—Es usted tal como lo imaginaba por las descripciones de Irina. Ella siempre le recordó. Por favor, ayúdeme, y ayúdela a ella esté donde esté.

Al fin las lágrimas chispeaban en sus ojos. Hizo esfuerzos por contenerse y se marchó.

Bill volvió a su sillón pensativo. En unos minutos habían despertado viejos rencores, el antiguo aborrecimiento hacia el hombre que había conseguido expulsarle de Nueva York, el implacable individuo que corrompía cuanto tocaba... incluida su propia mujer.

Sin duda el destino se complacía en enfrentarlo contra él.

CAPÍTULO VI

Sabía que lanzarse a la calle en busca de una mujer, precisamente en la ciudad donde es fama que existen más mujeres hermosas por milla cuadrada que en cualquier otra ciudad del mundo, era una tontería.

De modo que Bill se limitó a ponerse al habla con otro detective privado de Nueva York que trabajaba de modo independiente como él mismo, y esperó.

A última hora de la tarde comenzó a obtener resultados.

La lejana voz de su colega del norte resonó por el teléfono y dijo:

—Tenías razón, Bill. Una mujer rubia, muy bonita, con el nombre de Pauline Berger, tomó el avión el día siete. Pero no con destino a Los Ángeles, sino a San Francisco.

—¿Seguro, Jim?

—Absolutamente. Leí las listas de embarque.

—¿A qué hora tenía la llegada a San Francisco ese avión?

—A las nueve y quince de la noche.

—Perfecto. Envíame tu nota de gastos como de costumbre.

—No te preocupes por eso. Suerte.

Colgó. Seguidamente disco el número de una agencia y reservó un pasaje para el avión de medianoche para San Francisco.

Salió a cenar, pensando constantemente en el acoso a que Irina había estado sometida, en su estado de ánimo cuando decidió huir, y tratando de imaginar sus planes una vez llegada a Frisco.

Después de la cena se encaminó a casa de un fotógrafo profesional que ya hiciera otros trabajos para él en otras ocasiones.

El fotógrafo se llamaba Prince y estaba cerrando la puerta cuando él llegó.

—Como de costumbre, no puedes acudir a la tienda como las demás personas decentes —refunfuñó—. ¿Qué te pasa, tienes complejo de nocturnidad o qué?

—Manías. Echa un vistazo a esta foto.

—Preciosa. Una belleza perfecta. ¿Qué pasa con ella?

—Quiero copias tal como está aquí, y luego otras con el cabello rubio. Un rubio dorado creo que estará bien.

—Puedo hacerlo. Mañana por la tarde...

—Olvídalo. He de tomar el avión de medianoche y necesito las fotos para entonces.

—¡Tú estás loco!

—Ya lo sé. Manos a la obra, viejo.

—¡Pero es imposible, maldita sea! ¿Sabes la hora que es?

—Justamente. No me queda mucho tiempo para tomar ese avión.

—Escucha, mi mujer me tirará por la ventana. Está esperándome para ir al cine.

—Tu mujer saltará hasta el techo cuando le digas que te has ganado doscientos pavos por ese trabajo extra.

—¿Dijiste doscientos?

—Empiezo a arrepentirme.

—Vamos.

A las once y unos minutos, Bill tenía en su poder las fotografías tal como las había pedido.

Y a las doce emprendía el vuelo hacia San Francisco sin acabar de explicarse la extraña inquietud, la increíble incertidumbre que le dominaba.

* * *

Al principio fue algo tan fácil que apenas si pudo creerlo. Un mozo del aeropuerto recordó la cara adorable de la muchacha rubia con sólo mirar la fotografía coloreada.

—Es ella sin ninguna duda —afirmó—. Parecía nerviosa, o desconcertada. Llevé las maletas a un taxi y ya no volví a verla.

—¿Conocía usted al taxista?

—Seguro. Se llama Jackson. Acostumbra trabajar aquí si la cosa va floja en el centro.

—¿De qué compañía?

—La Yellow. Quizá esté ahí fuera esta noche.

Estaba, con el coche metido en la larga fila que esperaban bajo la catarata de luz de los focos.

También él contempló la fotografía. Sonrió, complacido.

—Nunca olvido una monada como ésta, no, señor. La llevé al hotel Mogador.

—Lléveme a mí ahora.

Cuando ya estuvieron en marcha el chófer indagó:

—¿Qué pasa, escapó de un marido celoso o qué?

—Al revés. Escapó de alguien que quería ser su marido.

—Ya veo.

Cuando el taxi se detuvo tomó él mismo la pequeña maleta y entró en el hotel. El recepcionista alejó el sueño de sus ojos y trató de sonreír.

—Bien venido, señor.

—Deseo una habitación individual. No sé por cuántos días...

El hombre estaba asintiendo con la cabeza. Bill llenó la hoja de registro y luego puso la fotografía de Irina bajo las narices del hombre.

—Esta chica se inscribió aquí hace un par de semanas. ¿La recuerda?

—La señorita Berger. ¿Qué pasa, le sucedió algo malo?

—No, que yo sepa. ¿Dejó el hotel?

—Seguro. Sólo estuvo aquí el tiempo de encontrar un alojamiento permanente. Tres días.

Bill suspiró.

—¿Dejó su nueva dirección?

—La dejó para que le enviásemos el equipaje.

Trumbo apenas podía creerlo. Si ella quería borrar su rastro no había sido precisamente muy hábil.

Un billete colocado discretamente y pudo anotar la dirección.

Después de darse una larga ducha, vestido solo con el pantalón del pijama, agarró la guía telefónica y buscó las señas que había anotado.

Resultó que era una residencia exclusivamente femenina.

Tranquilizado por ese lado, se acostó, pero a pesar de sus deseos el sueño se resistía a acudir. No podía quitarse de la cabeza el

recuerdo de Irina, su bellísima imagen y sus largas piernas, y su tempestuoso encuentro aquella noche, dos años atrás, en el solitario rancho de Nevada.

CAPÍTULO VII

Le recibió la administradora de la residencia. Era una mujer huesuda, con la cara alargada y mirada de suspicacia.

—Pauline Berger... ¿Es usted policía? —preguntó tan pronto Bill hubo expuesto sus deseos.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque ya sería hora de que empezaran a moverse, de que hicieran algo respecto a esa pobre muchacha.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Es usted policía o no?

—No, pero ando buscando a Pauline.

La mujer miró otra vez la fotografía y asintió para sí.

—Es ella sin duda —gruñó—. Pero ya le digo, no está aquí.

—¿Por qué cree usted que la policía debería intervenir?

—Porque yo denuncié su desaparición hace varios días, por eso. ¿Le parece poco? Y ni siquiera se han tomado la molestia de venir a verme ni una vez. Eso no es correcto.

—Tiene razón. ¿Cómo desapareció?

—Del modo más tonto. Recibió una llamada telefónica, salió y ya no he vuelto a verla. Reservo su habitación porque pagó tres meses por adelantado, pero estoy muy preocupada por ella. Me pareció una gran chica.

—¿Sabe quién la llamó? Quizá tienen ustedes la costumbre de anotar las llamadas.

—No anotamos nada, a menos que sea un recado concreto. Pero fue un hombre quien la llamó. Ni siquiera sabía su nombre, se limitó a pedir que le comunicara con la chica rubia recién llegada.

—Y él, ¿dio algún nombre?

—Hubo de darlo para que yo accediera a pasar el recado a la chica. Cope, dijo. Bill pegó un respingo y sintió un frío mortal en la sangre.

—¿Marcus Cope?

—Sólo mencionó el apellido: Cope.

—¿Dijo usted eso a la policía?

—Naturalmente. Pero como si nada.

Dio las gracias apresuradamente y volvió a la calle. Paró un taxi y se hizo conducir a la jefatura de policía.

La calle Grant estaba llena de gente cuando el taxi se detuvo en la esquina.

El agente que estaba de servicio en la entrada apenas le miró al pasar. Se dirigió al sargento de guardia.

—Creo recordar que hay aquí un oficial llamado McCabe. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿El teniente McCabe? Homicidios. Primera planta.

Subió y le introdujeron en un despacho de reducidas dimensiones inundado de sol. McCabe rondaría los cuarenta años, tenía una mirada pacífica y engañosa y sus ademanes eran pausados, tranquilos.

—¿Trumbo? Usted y yo nos conocimos en Nueva York, si no estoy equivocado...

—No se equivoca. Colaboré con la policía en un caso de drogas. Usted era sargento entonces. Celebro que le hayan ascendido.

McCabe se echó a reír.

—Debería ser capitán como mínimo. Bueno, ¿cómo están las cosas por Nueva York?

—Hace años que me largué de allí, ahora estoy establecido en Los Ángeles por mi cuenta.

—Ya veo. ¿Buen negocio?

—No me quejo. Vine a San Francisco buscando a una chica. Ésta. El policía examinó la foto. Silbó por lo bajo.

—¡Qué bocado! —exclamó—. ¿Algo importante?

—Tal vez. He localizado el apartamento que alquiló, pero de allí se esfumó hace días. La administradora denunció el caso y hasta ahora no ha sabido nada más.

—Si lo denunció, en «Personas Desaparecidas» tendrán los datos del caso. Alargó la mano hacia el teléfono. Bill dijo:

—Espere un minuto, teniente.

—¿Hay algo más?

—Según la administradora, ella recibió una llamada telefónica que la obligó a salir de inmediato. El individuo que llamó dio el nombre de Cope.

—Bueno, si lo hizo constar en la denun... ¡Eh! —exclamó, levantándose de un brinco—. ¿Dijo usted Cope?

—Podría tratarse de Marcus Cope.

—Apuesto que sí era él.

—Ahora sería importante saber el paradero de ese hijo de perra, si está en la ciudad.

—Puedo decirle exactamente dónde está en este mismo momento.

—Eso me ahorrará un trabajo endemoniado. ¿Dónde?

—En el depósito de cadáveres de Cook County. Bill se quedó helado.

McCabe se echó a reír entre dientes.

—¿Sorprendido? Pues espere a saber el resto...

—Suéltelo.

—Sabemos que Cope fue asesinado por una mujer. Bien podría ser ésta —terminó, dando unos golpecitos con el dedo sobre la fotografía que descansaba sobre la mesa.

—¿Cómo le mataron?

—Con una bala en el cerebro. Una bala de pequeño calibre disparada por una de esas pistolitas europeas que parecen juguetes, más pequeña que nuestras «22». Le entró por la nuca y el disparo fue hecho a boca de jarro. Había quemaduras de pólvora en los cabellos y en torno a la herida.

Trumbo mostraba una expresión ceñuda cuando gruñó:

—Marcus Cope era un bastardo hijo de perra que mereció los honores del verdugo diez veces por lo menos...

—Pero también era un tipo muy listo, escurridizo como una serpiente. Jamás se le pudo probar nada, y de un tiempo a esta parte llevaba una vida regular y tranquila. Exactamente desde que se instaló en San Francisco.

—Nunca creeré que se hubiera vuelto una persona decente sin más ni más. ¿Existe alguna descripción de la mujer que le visitó?

—Muy vaga. Excepto en el color del cabello, podría ser esa

monada de la foto. Pero ya sabe usted con qué facilidad cambian de color del pelo las mujeres.

—¿A qué hora fue asesinado?

—Entre diez y once de la noche.

—En ese caso es fácil salir de dudas. Llame a la residencia y pregunte a qué hora salió de allí esa chica, después de recibir la llamada telefónica.

—Ya veo. ¿No tiene usted el número?

—No.

El teniente lo buscó en la guía y tras esto hizo la llamada. Habló brevemente, identificándose, y después preguntó lo que le interesaba.

Cuando colgó esbozó una sonrisa.

—Salió bastante después de las nueve.

—Entonces no pudo matarle ella. Es imposible que pudiera teñirse el pelo a esas horas, y con tan poco tiempo.

—Sin embargo, fue a verle. Necesitamos encontrarla, Trumbo. Encontramos indicios de que Cope había estado bebiendo en compañía de una mujer. Un vecino la vio fugazmente cuando entraba en su apartamento, por eso sabemos que tenía el cabello negro. Había huellas de Cope en una copa, y rastros de carmín en otra, aunque la habían limpiado a fondo. El carmín sólo apareció en las pruebas de laboratorio. No se distinguía a simple vista.

—Una mujer muy torpe... Oiga, McCabe, me gustaría dar un vistazo al apartamento de Cope. ¿Cree que podría arreglarlo?

—¿Qué espera ver allí que no hayamos encontrado nosotros?

—¿Cómo puedo saberlo? Probablemente nada. El policía titubeó. Luego dijo a regañadientes:

—Conforme, pero si por alguna clase de milagro hallara usted algo importante, quiero que me lo notifique al instante.

—Le doy mi palabra. Jamás se me ocurriría entorpecer el trabajo de la policía.

McCabe revolvió en un cajón de la mesa hasta que encontró un manojo con tres llaves.

—Aquí tiene —dijo—. El apartamento está precintado, pero le autorizo a entrar. Ya arreglaré el asunto después.

—Gracias, teniente.

—Recuérdelo, Trumbo; cualquier cosa importante que encuentre

pertenece a la policía.

—Le he dado mi palabra.

—Está bien.

Se estrecharon las manos y Bill salió apresuradamente, después de anotar las señas del que fuera domicilio de Marcus Cope en San Francisco.

CAPÍTULO VIII

Bill contempló los precintos rotos que delataban que alguien se le había anticipado.

Alguien que no se anduvo por las ramas.

Luego examinó la cerradura. No había trazas de que hubiera sido forzada, de modo que quien fuera había abierto con una llave.

El hizo lo mismo y se coló en la vivienda.

Era un lugar de lujo sin ninguna duda, aunque estaba endiabladamente revuelto. Era como si un huracán lo hubiera barrido de arriba abajo.

Recorrió el apartamento comprobando que la devastación reinaba en todas partes. En los dormitorios, en el despacho, el salón... Incluso la cocina había sido puesta patas arriba. Él empezó el registro por el dormitorio principal. Había multitud de trajes esparcidos.

Revisó los bolsillos uno a uno.

No encontró nada.

Obtuvo el mismo resultado negativo en todo lo demás. Al fin se metió en el despacho, o quizá hubiera sido una suerte de elegante estudio. Ahora era un caos de libros, papeles y muebles esparcidos por el suelo.

Amontonó la mayor parte de los papeles y documentos en un rincón y, sentándose en el suelo, comenzó a revisarlos uno a uno pacientemente.

Había facturas correspondientes a un par de clubs nocturnos. Otros documentos relativos a esos negocios, contratos de artistas, cartas comerciales y mil notas más, pero nada que justificase un asesinato.

Casi una hora más tarde le llegó el turno a un pliego arrugado y

casi hecho una bola. Era el contrato de una bailarina llamada Golden Trudy y que tampoco tenía el menor interés. Pero al desplegarlo cayeron unos pedazos de papel amarillo todos semejantes.

Eran resguardos de oficinas postales tan distantes unas de otras como Susanville, Redding, Sacramento, Jackson o Santa Rosa.

Los barajó entre los dedos, pensativo. No tenían ningún significado para él.

Iba a tirarlos cuando oyó girar una llave en la cerradura de la puerta de entrada. Después sonaron unos agudos tacones de mujer sobre el piso y él se enderezó poco a poco. Instintivamente se guardó los resguardos en el bolsillo y al instante los olvidó, intrigado por la inesperada presencia de la mujer en el apartamento.

Atisbó con cautela por la rendija de la puerta del despacho.

Una pelirroja de curvas descaradas estaba plantada en medio del salón, perpleja, mirando alrededor con ojos atónitos, como preguntándose cuál sería el mejor lugar para prenderle fuego a todo aquel revoltijo.

Tenía unas piernas largas, y las caderas se adivinaban firmes y duras bajo la apretada falda.

Bill aguardó, inmóvil. La oyó mascullar algo entre dientes. Luego, decidiéndose, entró en el dormitorio.

Bill Trumbo atravesó el salón pisando como un gato.

La pelirroja había iniciado el examen de los trajes, como hiciera él mismo una hora antes.

Trumbo dijo desde el umbral:

—Estás perdiendo el tiempo, encanto. Ya los registré yo y no hay nada. La pelirroja dio un brinco, volviéndose.

—¡Yo... yo...!

—Tranquila. Tienes a tu favor que no has roto los precintos.

—¿Quién es usted?

—Bill Trumbo.

—¿Policía?

—Más o menos.

—¿Cómo?

—Yo haré las preguntas si no te importa. ¿De dónde sacaste la llave de la puerta?

—Él... Marcus me la dio hace algún tiempo.

—Entendido. Ahora, empieza a hablar y no te detengas hasta el final. Empieza por decirme qué viniste a buscar.

—Eso maldito si le importa a nadie. Bill sacudió la cabeza.

—No ves más allá de tu linda nariz, pelirroja. Los policías están seguros que fue una mujer quien se cargó a nuestro querido bastardo. Pueden pensar que fuiste tú. Ya sabes aquello de que el criminal siempre vuelve al escenario de su crimen.

—Sólo trata de asustarme. Él se encogió de hombros.

—Te asustarás más todavía cuando llegue aquí la policía. Se dirigió al teléfono, descolgándolo.

Ella chilló:

—¡Espere!

—¿Por qué? Apuesto que ya has tenido tiempo de imaginar una linda historia pasional y todo eso. Pero yo no voy a creerla.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—La verdad.

Ella lo pensó y se tomó tiempo para ello. La mirada de sus bonitos ojos estaba llena de incertidumbre, pero también de temor.

Acabó con un ligero encogimiento de hombros y susurró:

—Se lo diré. Después de todo, no creo que importe mucho a estas alturas. Alguien debe haberlo encontrado si han revuelto esto tal como está...

—¿Qué han encontrado?

—El archivo de Marcus. Bill aguzó el oído.

—¿Qué archivo?

—¿Es que no lo entiende? Él obtenía una fortuna todos los meses. Chantaje. Pero sólo a tres o cuatro peces gordos. Una cosa segura... y yo pensé que... que si encontraba lo que él guardaba...

Bill sacudió la cabeza.

—Debes estar chiflada, nena. Manejar tú sola un asunto como ése era pedir a gritos que te rebanasen el cuello.

—No pensé en eso. No pensé nada. Sólo quería dinero, mucho dinero para desaparecer después y vivir una vida decente, donde nadie me conociera, sin estrecheces, sin tener que exhibirme delante de un montón de babosos...

—¿Exhibirte?

—Soy bailarina de abanicos. Me llamo Golden Trudy.

—Debí imaginarlo. He visto tu contrato hecho trizas.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Largarme de aquí. Y tú harás lo mismo si sabes lo que te conviene. Desde la puerta, una voz bronca y burlona dijo:

—Eso va a ser difícil llevando un lastre de plomo en el cuerpo, pichón. Giraron en redondo.

Había dos hombres allí. Altos, macizos.

CAPÍTULO IX

Trudy no pudo contener un chillido. Trumbo permaneció muy quieto.

—Para ser un lugar precintado —dijo—, eso está poblándose demasiado. Uno de los pistoleros gruñó:

—Usted nos ha complicado las cosas. Debió quedarse en casa esta mañana.

—Eso es lo que estaba diciéndome a mí mismo. Oigan, ¿qué es lo que buscan realmente?

—A ella —respondió el tipo, señalando a la pelirroja con el largo cañón de la pistola. Instintivamente, Trudy retrocedió un paso.

El otro asaltante masculló:

—Entérate de quién es el tipo... antes de volarle la cabeza.

—Me llamo Trumbo. Soy detective privado, de Los Ángeles. Los dos cambiaron una mirada divertida.

—¡Qué te parece! ¿Oíste eso, Minsky? Todo un polizante.

—Privado —puntualizó Minsky, burlón.

—De cualquier modo se la buscó.

—Espera un momento, Morgan. Quizá fuera mejor preguntar primero qué hemos de hacer con él. Ese tipo lo ha complicado todo.

—Llama por teléfono si quieres, yo les vigilaré. Pero te apuesto doble contra sencillo a que el patrón decidirá que el tipejo debe ir a reunirse con sus antepasados.

Soltó una risita mientras el otro buscaba el teléfono.

Bill pensó amargamente en el revólver que llevaba en la funda. Pensar en sacarlo bajo la vigilante mirada del pistolero era una quimera Aquéllos eran profesionales y con toda seguridad no cometerían errores.

O quizá sí.

Ya habían cometido uno conformándose con saber su identidad sin registrarle. De pronto, mientras oían girar el disco del teléfono, Trudy balbuceó:

—¿Qué... qué van a hacer?

El forajido se encogió de hombros.

—Tienes mala suerte, nena —dijo.

—¿Quieres decir que... que...? Su voz se quebró.

El otro se echó a reír.

—Exactamente eso es lo que quiero decir. Por teléfono, Minsky estaba diciendo:

—La fulana se coló en el apartamento de Marcus Cope, patrón. Subimos tras ella. Éste era un lugar perfecto para hacerlo, pero aquí nos hemos tropezado con un tipejo... ¿Qué dice? No entendí nada con sus gritos... Sí, un fulano de Los Ángeles. Se llama Trumbo y es detective privado. ¿Qué hacemos con él?

Escuchó un buen rato sin que despegara los labios. Al fin asintió con un gruñido y colgó.

—Lo mismo que con ella —dijo—. Ésa es la orden. Trudy no pudo contener un quejido.

Morgan barbotó:

—Entonces no perdamos tiempo.

La mente de Bill era un torbellino. Necesitaba tiempo, tiempo para que cometieran un error.

Sólo que el tiempo se había terminado. Vio afianzarse los cañones de las pistolas. Entonces exclamó:

—¡Un momento! Hay veinte mil dólares en este apartamento. Diez mil para cada uno si nos dejan escapar.

Minsky dio un respingo.

—¿Veinte mil pavos?

—Los encontré cuando registraba todo esto.

—¿Dónde están?

—En el despacho.

Morgan sacudió la cabeza.

—Es un cuento para ganar tiempo, Minsky. Éste rechinó los dientes.

—No podrá ganar más de un minuto... Vamos, tipo listo, muéstrame esos papiros. Tú quédate aquí y vigila a la chica.

Empujó a Bill con la pistola.

El despacho, con todo el revoltijo, no parecía el mejor lugar para ocultar veinte mil dólares precisamente.

Minsky rió.

—Sácalos, compañero.

—Los oculté bajo ese montón de papeles cuando oí llegar a la muchacha.

Por primera vez Minsky empezó a dudar. Sus ojillos de rata brillaron, codiciosos.

—Si mientes te haré tiras, fisgón —advirtió.

Avanzó resueltamente sin perder de vista a su prisionero.

Trumbo parecía relajado. Se pasó la mano por la cara cuando el pistolero se agachó, revolviendo los papeles con la mano izquierda.

Revolvió con más prisa al cabo de un instante y luego, impaciente,ladeó un instante la mirada para ver lo que sus dedos encontraban.

La mano que Bill tenía en la cara descendió entonces con naturalidad. Sólo que adquirió una rapidez endiablada cuando desapareció bajo la chaqueta.

Minsky advirtió el peligro al instante, pero ese instante fue ya excesivo para él. Olvidó los papeles y levantó el cañón de la pistola.

Bill estaba saltando a un lado al tiempo que su barrigudo «Colt-Cobra» vomitaba fuego, humo y muerte con un estruendo como si fuera a echar abajo las paredes.

Minsky se dobló en dos. Su pistola se disparó mientras se oía la voz de Morgan que preguntaba a gritos:

—¿Qué haces, Minsky?

Minsky, de rodillas, boqueaba con una mirada demencial en los ojos. Aún peleó para levantar la mano armada. Rechinando los dientes, Trumbo disparó dos veces. La mitad de la cabeza del pistolero voló por los aires hecha pedazos.

Morgan volvió a gritar en la otra estancia en el momento que Trumbo saltaba hacia la puerta. Apenas sin apuntar disparó una vez, pero falló porque el pistolero se movía velozmente.

Oyó el sordo chapoteo de la pistola con silenciador. Una bala arrancó astillas del marco junto al que se había agazapado.

Trudy chilló mientras el sordo «plop» del silenciador sonaba de nuevo una y otra vez. Bill apretó el gatillo de nuevo y el tremendo estampido acabó de levantar en pie a toda la casa. Se oían gritos

apagados por todas partes.

Morgan sabía que si no escapaba le atraparían allí cazado como un conejo. Saltó rápidamente hacia la salida, histérico de pánico.

Una bala le detuvo en seco. Abrió los brazos intentando aferrarse a la vida. Giró sobre los pies y por unos segundos vio a su matador en el marco de la puerta. Incluso llegó a ver el nuevo lengüetazo de fuego del revólver. Ya no oyó el estampido porque la bala le entró por encima del puente de la nariz y le tiró de espaldas, muerto.

Alguien aporreaba la puerta y gritaba algo. Se acercó a ella y sin abrirla rugió:

—¡Llaman a la policía, al teniente McCabe, de Homicidios y dejen de escandalizar aquí!

Vamos, fuera... ¡Largo!

Después volvió al dormitorio.

Trudy estaba recostada contra la cama. Una gran mancha de sangre empapaba su blusa debajo de los descarados pechos.

Trumbo dio un brinco hacia ella, lleno de angustia.

—¡Trudy...!

—Él... disparó contra mí cuando... cuando tú...

—Les habían dado una orden y quiso cumplirla antes de huir... son como bestias salvajes. ¡Malditos sean! No te muevas, no hagas nada. Voy a llamar al hospital.

Ella movió la cabeza. Sus ojos semejaban de cristal.

—No... llegará tarde...

—¡Voy a intentarlo de todos modos!

—Es inútil... siento un fuego aquí, en el corazón...

Bill ahogó una sarta de maldiciones y arrodillándose al lado de la muchacha dijo:

—Tranquilízate, te sacarán ese plomo, ya verás...

—No... lo sé... dame la mano, por favor... por favor...

Él le oprimió la mano dentro de la suya. Ella pareció relajarse, hacerse más pequeña. Sus ojos perdieron todo asomo de vida. Con voz apenas audible musitó:

—Te mentí.

Aspiró con dificultad. Él no dijo nada.

—Ahora estoy... mejor. Tu mano... Pero te mentí. Marcus y yo... juntos...

—¿Juntos en el chantaje?

—Sí... pero nunca me dijo... dónde guardaba las fotos... y todo... lo demás...

—Escúchame, Trudy. ¿Le mataste tú para apoderarte de todo esto?

—No. Yo no... yo no...

—¿Sabes quién fue?

Movió apenas la cabeza de un lado a otro. Luego prosiguió, ya sin voz:

—Era una fortuna... cada mes... desde aquello de... de Las Vegas... hace dos años... Él dio un respingo.

—¿Dos años y todo empezó en Las Vegas? ¡Trudy!

—Si lo... lo hubiese encontrado, yo...

—¡Trudy, escúchame!

Pero la muchacha dobló la cabeza a un lado y todo acabó.

Trumbo se irguió soltando la mano inerte de la pelirroja. Las palabras de Trudy martilleaban su mente una y otra vez, mientras a lo lejos se oía el creciente aullido de las sirenas de la policía.

CAPÍTULO X

McCabe gruñó:

—Debe haber sido toda una batalla campal... ¡Maldita sea, Trumbo! Regrese a Los Ángeles pronto, antes que empiece a sembrar cadáveres por las calles.

—Qué quería, ¿qué me dejara convertir en un colador por ese par de matarifes?

—Hasta ahora no tengo más versión que la suya sobre lo que ha pasado aquí.

—Ya veo. ¿Cree que los tumbé sólo porque no me gustaban sus caras? El teniente hizo una mueca de fastidio.

—Olvídalo. Me preocupa la polvareda que levantará este asunto. A la gente no le gusta que nadie vaya por ahí disparando tiros.

Bill se encogió de hombros.

—Tampoco me gusta a mí, sobre todo si soy el blanco de esos tiros. Pero por lo menos ahora sabemos que Marcus Cope se dedicaba al chantaje en gran escala.

—Es un paso adelante en la investigación, y un motivo más para su asesinato, pero no hemos adelantado un paso en cuanto a descubrir al criminal.

—Ése es trabajo suyo. McCabe. A mí me pagan para buscar a una muchacha, eso es todo.

—Pues dedíquese a eso nada más. ¿Comprendido? No quiero más cadáveres si es posible.

Sobre la mesa estaba todo cuanto habían encontrado en los bolsillos de los dos pistoleros muertos. Mientras el teniente discutía con los fotógrafos de la policía, Bill le dedicó otro largo vistazo a un recibo que viera antes. Lo demás carecía de interés para él.

Al fin, McCabe gruñó:

—Lárguese de aquí. Trumbo. Yo me las entenderé con los periodistas.

—Está bien, ya nos veremos otra vez.

—Seguro. En la encuesta. Le enviaré una citación. Trumbo se marchó rezongando.

El rastro de Irina se esfumaba con la muerte de Cope, y hubo de reconocer que no tenía nada a dónde agarrarse para localizarla. La ira que ya sintiera otra vez contra el multimillonario Tildeman apareció de nuevo, acrecentada, burbujeante en sus sentimientos. Instintivamente, se juró a sí mismo que si le había sucedido algo a la muchacha nadie salvaría a Tildeman. Le ajustaría las cuentas a despecho de todo su poder.

Entró en un bar y bebió un *whisky* y agua hasta aplacar la sed. Luego, llamó al mozo y le preguntó por una calle.

El hombre arrugó el ceño.

—No es un sitio recomendable —dijo finalmente.

—No voy a vivir en ella. Sólo quiero saber dónde está.

Se lo dijo y Trumbo salió y caminó por las aceras atestadas de gente.

La calle por la que había preguntado constaba en el recibo que había visto encima de la mesa.

La calle que buscaba era un vertedero que olía a infiernos. La multitud que poblaba las aceras ya no era la que viera hasta entonces en su largo paseo. Esa gente era más desastrada, con aspecto sombrío, derrotado.

Las tabernas, los *bistros* y los tugurios se sucedían en una puerta sí y otra también. Vaharadas de las freidurías brotaban por todos lados con tanta profusión como los berridos de los tocadiscos automáticos puestos a todo volumen.

El edificio constaba de tres plantas. La fachada estaba desconchada, la escalera era estrecha, oscura y maloliente, y de los apartamentos miserables surgían voces de mujeres y gritos de borrachos, destemplados y broncos.

Subió hasta el último piso, aplicó el oído a la única puerta de aquel rellano y escuchó. El interior estaba silencioso, en contraste con todos los demás.

Empuñó el revólver y golpeó la puerta con los nudillos. No hubo respuesta alguna.

Examinó la cerradura. No era ninguna obra de arte y cinco minutos más tarde la había violentado.

Entró con cautela empuñando el revólver en el que sólo quedaba un cartucho.

Las deshilachadas cortinas estaban corridas y una sucia penumbra recortaba las formas de los muebles, baratos y deslucidos. La atmósfera estaba cargada y apestaba a lugar cerrado, sin ninguna ventilación.

Debía darse prisa en registrarlo cuanto antes, porque tan pronto McCabe terminara con los formulismos oficiales, y pudiera librarse de los reporteros, con toda seguridad querría dar un vistazo a ese lugar.

Pasó del diminuto vestíbulo a una sala interior, y de ésta a una cocina, más sucia que el resto. Aquello no ofrecía demasiadas posibilidades.

Abrió otra puerta. Correspondía a un dormitorio. Había una cómoda, un armario, una silla y una cama.

Sobre la cama sin colchón y sin ropas había una mujer amarrada de manos y pies.

Bill dio un salto adelante. Los grandes ojos azules y asustados le miraron llenos de espanto. Una sólida mordaza cubría su boca y el rostro estaba tan pálido como la cera.

Trumbo suspiró.

—Hola. Irina —dijo, sonriendo—. ¿Te acuerdas de mí? La muchacha parpadeó.

Sus muñecas y tobillos estaban atados a la cabecera y a los pies de la cama. Estaba completamente desnuda, y su increíblemente hermoso cuerpo formaba una X sobre un somier de listones de madera.

Trumbo pensó que el desnudarla había sido como precaución para que no pudiera huir en caso de librarse de las ataduras.

O quizá les habían guiado otros motivos más sucios.

La recorrió con la mirada mientras luchaba con los nudos. Era mucho más bella de cómo la recordaba. Sus pechos agudos temblaban, y tenía unos muslos estilizados y firmes que eran un adorable marco de piel dorado para la oscura sombra del pubis.

Jamás podría explicarse lo que experimentó en aquellos minutos, con aquel cuerpo de delirante y sensual belleza allí, como

ofreciéndose, como llamándole a gritos de deseo y de muerte.

Al fin consiguió liberarla y entonces le arrancó la mordaza de un tirón. Ella dejó escapar un quejido de dolor. Él barbotó:

—Ya pasó. Tranquilízate.

Irina se incorporó poco a poco, temblando.

—Usted... Nunca le olvidé. Él trató de sonreír.

—Confieso que yo también te recordé a menudo, a pesar de no haberte visto nunca con tanto detalle como ahora.

—¡Oh!

—No te inquietes. He visto otras mujeres desnudas antes que tú. Y a pesar de todo soy un tipo civilizado... creo. Nunca violé a chicas indefensas. ¿Sabes dónde pusieron tus ropas? O se las llevaron con ellos. ¿Lo sabes?

—No. Dijeron que me las quitaban para que no pudiera escapar.

—De eso se aseguraron con las cuerdas. ¿Te ultrajaron, te hicieron algún daño? Ella sacudió la cabeza.

—No. Pensé que iban a violarme cuando... Bueno, cuando me trajeron aquí, pero todo lo que hicieron fue mirarme. Aunque pensándolo bien, me ultrajaron realmente solo con sus sucias miradas.

—Si eso te sirve de consuelo, los dos bastardos que te ataron a esa cama están muertos.

—¿Muertos? Dijeron que...

—¿Sí? Continúa.

—Alguien les habló por teléfono. Les mandó buscar a una mujer y matarla. Se reían mientras comentaban cómo pensaban hacerlo... y a ella si querían violarla si tenían ocasión. Les oí todo el tiempo. Fue algo espeluznante que nunca olvidaré. Creí morirme de espanto... y de asco.

—Pero a ti no te hicieron ningún daño.

—No, a mí no.

—Está bien, ya tendremos tiempo de hablar, ahora hemos de largarnos de aquí a escape. Oye, ahora que se me ocurre, me gustabas más con tu cabellera negra...

Ella sonrió por primera vez. Una sonrisa tensa y nerviosa, porque era consciente de su completa desnudez y de que él la estaba viendo y se sorprendía también de que apenas le importara.

Bill registraba todo el apartamento rápidamente. Ella le

preguntó elevando la voz:

—¿Cómo me encontró?

—Es largo de contar. Pero te diré que fue tu madre quien me contrató para buscarte. Cuando él regresó vio que traía el revoltijo de sus propias ropas.

—Estaban metidas en un cubo, en la cocina. Esos tipos eran idiotas... o quisieron verte desnuda. Vístete, y aprisa.

Por un instante se miraron a los ojos. Él asintió.

—De acuerdo, no lo digas. Volverse de espaldas y todo eso...

Se acercó a la ventana para dejarla en libertad de movimientos. El sucio panorama que podía distinguir desde allí no era como para levantarle el ánimo a nadie.

Unos minutos después ella susurró:

—Ya puede volverse, señor Trumbo.

—Vuelve a llamarme así y te dejaré atada a la cama otra vez. Mi nombre es Bill.

—Bueno, yo no sé cómo agradecerle que...

—Olvidalo. Algún día te diré cómo, pero no ahora ni aquí. Hemos de largarnos a toda velocidad.

Bajaron a la calle y allí se mezclaron con la multitud y sólo entonces ella suspiró con profundo alivio.

—A pesar de lo mal que huele esta calle —comentó, colgándose del brazo de Bill— nunca la olvidaré, porque ella significa mi libertad.

—Te comprendo perfectamente. Ahora cuéntame cómo te cazaron, y dónde.

—Ésa es otra cosa espantosa. Bill... Bill Trumbo —murmuró inesperadamente—. Bill Trumbo. Pensé tanto en usted, desde aquella noche que golpeó a Tildeman...

—Eso parece que fue del agrado general, pero no nos desviemos.

—Sí. Fue en el apartamento de Marcus Cope donde esos dos horribles individuos me atraparon.

—Cuéntame cómo fue, y por qué fuiste allí.

—Él me localizó, todavía no sé cómo. Pienso que alguien me siguió, aunque yo estaba segura de que había conseguido dejar atrás a los hombres que me espiaban por órdenes de Tildeman. Bueno, me llamó por teléfono. Dijo que tenía noticias muy importantes respecto a mi hermana. Noticias muy graves, añadió. De manera

que fui a la dirección que me dio.

—¿Y...?

Ella se estremeció.

—Cuando llegué, la puerta estaba solo entornada. Pensé que Cope la había dejado así para que yo entrara. Y entré, claro. ¡Dios! Fue algo espantoso.

—Sigue.

—Marcus Cope estaba muerto, sentado en una butaca de respaldo alto. Tenía sangre en los cabellos y en el cuello, aunque no pude ver la herida. Había copas de champaña sobre la mesa, y botellas, y un paquete de cigarrillos... Estuve a punto de desmayarme y salí corriendo.

—¿Lograste salir del apartamento? Irina sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Cuando llegué a la puerta esos dos horribles matones estaban allí. Acababan de entrar y me parece que se sorprendieron mucho al verme, pero me cazaron brutalmente. Después registraron mi bolso, leyeron los documentos y decidieron consultar con alguien por teléfono. Debieron darles instrucciones porque me golpearon y perdí el conocimiento.

—Ya veo...

—Cuando desperté, estaba atada a esa maldita cama de la que usted acaba de librarme.

—¿Estás segura que pidieron instrucciones sobre lo que debían hacer contigo?

—Sí. Les oí hablar.

—Imagino que no sabes con quién hablaron...

—No pronunciaron nombres. Excepto el mío, claro.

Anduvieron un trecho en silencio, hasta que Bill paró un taxi y dio al chófer la orden de conducirles a su hotel.

—Vas a permanecer un poco fuera de circulación, querida. La policía quiere encontrarte para un interrogatorio sobre tu visita a Cope, y por el momento no quiero que eso suceda.

—Pero ¿cómo han podido saberlo?

—¿Cómo crees que lo supe yo? Por la patrona de esos apartamentos donde te instalaste. Ella denunció tu desaparición.

—Comprendo.

—De modo que te quedarás quietecita hasta que yo te permita moverte. ¿De acuerdo?

—¿Por qué quieren interrogarme? Él ya estaba muerto cuando yo llegué.

—Seguro, pero los polizontes son unos tipos quisquillosos por naturaleza. Por otra parte, si ahora te presentas habrá publicidad, reporteros, fotógrafos, todo eso, ya sabes. De modo que cualquiera con sólo leer los periódicos sabrá dónde encontrarte, y yo quiero mantenerte fuera del alcance de los tipos que tienen tanto interés en echarte el guante.

—Ya entiendo. ¿Informaré a mi madre por lo menos?

—No, de momento. Ella misma admitió que tanto Nora como Tildeman podían sacarle cualquier información, incluso contra su voluntad.

—Pobre mamá... No sé cómo podremos agradecerle todo lo que está haciendo usted. Bill.

—Oh, de eso me ocuparé a su tiempo —aseguró Trumbo.

Se recostó en el asiento y ya no volvieron a hablar hasta llegar al hotel.

CAPÍTULO XI

Irina salió del baño envuelta en una bata de Trumbo. Parecía perdida dentro de tanta tela y había una expresión azorada en su bello rostro.

—Huelo a café —murmuró, deteniéndose en mitad del cuarto.

Él se enderezó sobre la cama donde se había tendido, sintiéndose endemoniadamente cansado.

—Pedí café y emparedados mientras estabas en el baño.

Señaló la mesita y ella sonrió. Mirándola embelesado. Trumbo añadió:

—Esa pobre bata sobre tu cuerpo parece un último modelo de París.

—No te burles. Me siento ridícula.

—Tonterías, te ves adorable. De cualquier modo no tardarán en traerte ropa. La encargué también, aunque desperté las suspicacias de la camarera.

La contempló en silencio mientras ella daba cuenta del desayuno. Apoyado sobre un codo, encendió un cigarrillo y empezó a preocuparse por lo que aquella chiquilla le inspiraba. No sabía si alegrarse o no de que el destino hubiera vuelto a cruzarla en su camino.

Cuando Irina terminó de relamerse, le miró acusadoramente y dijo:

—¿No puedes dejar de mirarme de ese modo? Me pones nerviosa. Él se echó a reír.

—¿A pesar de estar cubierta hasta la barbilla te pones nerviosa? No lo entiendo, después de haberte visto al natural mientras te libraba de las cuerdas.

—Entonces estaba demasiado aterrorizada para sentir nada más.

Se levantó y fue hacia él.

—Dame un cigarrillo, por favor. Es lo único que me falta para volver a sentirme viva. Trumbo se lo encendió. Después dijo:

—Siéntate aquí. Quiero hablarte, Irina.

Confiadamente, ella se dejó caer sentada a su lado sobre el borde del lecho. Suavemente, él le pasó la mano por el largo cabello. La muchacha sintió un extraño cosquilleo en todo el cuerpo. Se estremeció y desvió la mirada.

Bill le pidió:

—Háblame de tu hermana, de Tildeman, de aquella primera noche de esponsales. De todo lo que recuerdes.

Por un instante Irina se puso rígida.

—No quiero recordar eso —murmuró.

—No se trata de simple curiosidad. Es importante, créeme. Irinaladeó la cabeza hacia él, mirándole angustiada.

—Es demasiado horrible. Bill. Tan sórdido, tan sucio...

—A pesar de eso.

—No, Bill. Por favor, no.

Trumbo le pasó el brazo por los hombros. Con la otra mano presionó bajo su barbilla obligándola a mirarle a los ojos y atrayéndola hacia él murmuró:

—Sé lo que sientes, créeme que te comprendo. Pero necesito saberlo. Voy a librarte del acoso de ese bastardo no sé aún de qué modo, y para eso es preciso que yo «sepa». ¿Entiendes?

Ella sostuvo su mirada unos instantes. Se relajó.

—Te lo diré.

Él volvió a recostarse contra la almohada y suavemente obligó a la muchacha a que apoyara la cabeza sobre su pecho.

En esa posición, relajada, empezó a hablar con voz que era apenas un susurro. Explicó:

—La boda fue algo increíble. Tildeman organizó una caravana de Rolls Royce cubiertos de flores blancas. Los coches también habían sido pintados de blanco... Una orquesta instalada sobre un camión adornado con flores tocaba sin cesar. Eso fue por la tarde, al anochecer, y duró todo el camino hasta el rancho.

—Sigue.

—Allí hubo el banquete servido en los jardines. Un despilfarro insultante, que me hizo pensar en todo lo que he leído sobre la

Roma corrompida de los Cesares y todo eso. Había periodistas y fotógrafos por todas partes, una verdadera nube, mientras duró la cena. Después, unos hombres ceñudos aparecieron como brotados de la tierra y los sacaron de allí sin contemplaciones.

—Y terminó la cena y empezó la orgía. ¿Es así?

—No fue tan sencillo... al principio. La gente estaba atiborrada de comida y bebida. Las botellas se vaciaban a cientos y eran sustituidas por otras, y sonaban gritos, risas, chillidos de mujeres... Habían traído chicas de los hoteles para que se emparejasen con los hombres solos. Tildeman ordenó que bailaran desnudas bajo los focos, en torno a la piscina... Eso desencadenó todo lo demás. Los hombres se abalanzaron sobre ellas como animales en celo, allí mismo, sobre el césped. Algunas se arrojaron a la piscina y multitud de hombres y mujeres se tiraron al agua chillando y riendo...

—Comprendo.

—¡No puedes comprender lo que siguió! Nunca pude imaginar que la degradación humana pudiera llegar a tales extremos de bajeza.

Él soltó un gruñido. Volvió a acariciarle los cabellos y murmuró:

—Tranquilízate, pero continúa, por favor.

—Mi hermana había bebido mucho. Instigada por Tildeman se quitó el vestido y lo repartió a trozos entre los invitados. Se organizó una batalla para obtener esos trofeos, y cuando se terminaron siguió quitándose todo... y arrojándolo al aire para que se pelearan para atrapar sus sujetadores, sus bragas, sus medias... Y Tildeman se reía como un loco.

—Debió ser todo un espectáculo, no cabe duda.

—No pude soportarlo más. Obligué a mamá a seguirme y huimos de allí. Pude conseguir un coche y regresamos a Las Vegas después de salvar los controles de vigilantes que custodiaban las salidas.

Él suspiró.

—Y eso fue solo el comienzo de la primera noche...

—Eso es, Bill. Sólo el principio.

—Tu madre me dijo que Tildeman empezó a asediarte poco tiempo después.

—Es cierto. ¡El sucio bastardo!

—¿Pensaba divorciarse de tu hermana?

—Seguramente... aunque no lo sé cierto. ¡Dios, Bill! Si vieras en lo que se ha convertido la pobre Nora...

—¿Qué quieres decir?

—Es una sombra de lo que fue. Su piel está ajada, sus ojos parecen los de... los de una muerta. Tiene apenas veintiocho años y aparenta cincuenta. Es horrible lo que ese hombre puede hacer con una mujer. Él y sus desenfundadas bacanales.

Se estremeció violentamente. Él oprimió el brazo en torno a su cuerpo y murmuró:

—Olvidalo. Aquí no tienes nada que temer.

—Pero no puedo estar escondida el resto de mi vida. Y entonces él volverá a encontrarme y otra vez el asedio, el espionaje, la inquietud y el asco.

—Preciosa, eso terminó.

—No sabes lo que dices.

Trumbo la obligó a girar, de modo que ella quedó casi tendida sobre él. Sonrió al aprisionarla entre los brazos y luego murmuró:

—¿Crees que le dejaré que te arrebate de mi lado?

Antes que pudiera responder la besó. Sus labios apresaron aquella boca fresca y llena de ansias que tembló en los primeros segundos, para afirmarse después y arder en la suya como un raudal de fuego vivo.

Cuando la libró del beso ella se quedó muy quieta, mirándole como hechizada. Empezó a sonreír, pero de pronto una mirada de temor surgió en sus pupilas y dijo:

—No podrás luchar contra él, Bill. Es demasiado poderoso y carece de escrúpulos. Le obedecen hasta las autoridades. Tiene todos los resortes en las manos para corromper todo lo que toca sin que nadie se atreva a evitarlo...

—Afortunadamente, yo no soy una de esas autoridades. Nadie me puede manejar si yo no quiero. Le convenceré para que te deje en paz.

—Eso son sueños, nada más. Te hará pedazos con sólo que lo intentes. Por toda respuesta, él preguntó:

—¿Has olvidado aquella noche?

—No... nunca la olvidé.

—Entonces, ya sabes cómo hay que tratarlo.

La muchacha sacudió la cabeza, llena de dudas y temores.

—Tengo tanto miedo de que te ocurra algo terrible...

—No tienes nada que temer. Le diré a ese hijo de perra que estoy loco por ti, que he perdido la chaveta. Le expondré con detalle lo que haré con él y sus podridas entrañas si vuelve a acordarse aunque sólo sea de tu nombre. Te aseguro que seré muy convincente.

—Así que estás loco por mí...

—Loco de atar.

Sus ojos azules relucían como estrellas.

—Yo te ataré —dijo en un susurro—. Te ataré tan apretadamente contra mí que nunca más podrás escapar.

—Era todo lo que necesitaba saber antes de irme.

—¿Irte?

—A Las Vegas.

—¡Bill, no...!

—Quiero terminar este maldito asunto de una vez. Pero tú te quedará aquí. Te inscribiré como señora Trumbo. ¿En tiendes? Estarás segura hasta que yo vuelva, y para entonces ya no tendrás nada que temer.

Asustada. Irina se disponía a seguir protestando, pero una vez más su boca se encontró apretada por un cepo de fuego, dulce y quemante a un tiempo.

Olvidó las protestas y los temores y ya sólo quedó el amor, el placer de unas horas dulces que jamás podría olvidar.

Ni desearía olvidarlas tampoco, naturalmente.

CAPÍTULO XII

Alrededor de la deslumbrante piscina del hotel se agolpaban los turistas, tratando de disimular la voracidad con que sus ojos se iban detrás de las esculturales muchachas y sus diminutos bikinis.

Bill buscó un lugar apartado donde reservó una mesa. Se despojó del albornoz y caminó bordeando la piscina, y él no disimulaba en absoluto el interés de su mirada escrutando aquella procesión de cuerpos de piel bronceada.

Hasta que descubrió a Samantha. Estaba tendida junto a un parasol, tenía los ojos cerrados y parecía dormida.

Bill se tendió a su lado y murmuró:

—Hola.

Ella runruneó:

—Déjeme en paz, sea quien sea...

Pero parpadeó, deslumbrada por el sol y tratando de enfocar la mirada. Él le sonrió.

Tardó apenas unos segundos en reconocerle. Se incorporó de un salto hasta quedar sentada, llena de asombro.

—¡Tú, Bill Trumbo! —exclamó.

—¿Averiguaste mi apellido?

—No fue difícil, pero ya te habías marchado. ¿Cuánto tiempo ha pasado, querido?

—Dos años.

—¿Tanto? Estoy haciéndome vieja.

—Tú no serás nunca vieja. Sólo mírate al espejo de vez en cuando.

—Pamplinas. ¡Oh, diablos, Bill!

Le echó los brazos al cuello, casi tendida sobre él, y le besó furiosamente en la boca sin importarle quien pudiera verles.

Al cabo de unos instantes él dijo:

—Modérate, preciosa, si no quieres que vuelvan a expulsarme del hotel.

—¡Al demonio con eso! ¿A qué has venido? No necesitas decirme que por mí. Los cuentos nunca acaban bien. Pero si fuera así yo...

—He volado desde Los Ángeles en tu busca.

—Eso suena maravilloso.

—Pero no lo crees.

—Desde luego que no —suspiró y una sombra pasó por sus ojos—. Tengo demasiadas horas de vuelo, y eso es malo se mire como se mire. Le impide a uno creer esas mentiras dulces, ilusionarse...

—Puedo jurar sobre la Biblia que he venido por ti.

Ella arrugó el ceño. Le miró larga y fijamente. La sombra en sus ojos se diluyó poco a poco.

—Mientes, por supuesto. Pero maldito si no me gusta oírte decir eso. Vamos, larguémonos al diablo de aquí.

Se levantó de un brinco. Él se incorporó poco a poco.

—Aclaremos las cosas, Samantha. He venido en tu busca para hablar contigo. Es cierto que te he recordado todo ese tiempo. Te he recordado con nostalgia incluso. Pero esta vez vine para hablarte, sólo para hablarte.

Ella sacudió la cabeza.

—Lo has estropeado —dijo riendo entre dientes—. ¿Sabes una cosa, Bill? Creo que te he querido un poquito desde que te conocí. Una se encariña a veces, aunque no sea nada serio. Y es una mala cosa desde cualquier ángulo que se mire.

Calló porque el despreocupado tono de su voz amenazaba con quebrarse. Pero tras unos instantes de silencio, dijo:

—¡Demonios, vámonos de aquí! Eso es un escaparate... y contigo quiero estar en cualquier otro sitio.

Tiró de él. Trumbo apenas pudo recoger su albornoz y, con él sobre los hombros, subieron a su habitación sin que ninguno de los dos pronunciara una palabra.

Luego, cuando cerraron la puerta, la muchacha se apoyó contra ella, magníficamente delineada dentro del increíble bikini.

—Ahora quiero que me beses —dijo.

—Jamás he discutido una orden como ésta.

La estrechó entre sus brazos y sus bocas entablaron un desesperado combate.

Sus cuerpos casi desnudos se incrustaron uno en el otro, como queriendo fundirse en uno solo.

Ella enlazó los brazos en su nuca, abandonándolos por completo, jadeando dentro de su boca.

Apenas sin separar los labios. Samantha susurró:

—Quiero hacer el amor contigo.

—Escucha...

—No quiero oír tu voz ahora. Te quiero a ti por entero, nada más.

Se convirtió en un torbellino entre sus brazos. Bill nunca supo cómo consiguió librarse del «dos piezas», ni cómo llegaron a la cama enzarzados en el más viejo juego del mundo. A veces las cosas son así. Uno penetra en un mundo que estaba seguro de conocer.

Uno cree que se las sabe todas.

Luego resulta que no. Que no sabía ni la mitad de la lección, y que todo es nuevo, maravillosamente nuevo y excitante, y ese mundo estalla en mil pedazos y se alcanzan las cimas del placer y de la vida, y se deja arrebatar por el torrente desbordado de los sentidos.

Y cuando al fin el estallido remite, cuando las aguas vuelven a su cauce en medio del silencio y la paz, en esos breves instantes uno piensa que, quizá por única vez, ha conocido la perfección.

En su caso, esos instantes se prolongaron bastante tiempo, hasta que al fin la muchacha musitó:

—Bueno, valía la pena. Había olvidado la última vez que me sentí mujer en brazos de un hombre.

—¿Qué pasó, hubo un terremoto o algo así?

Samantha levantó un poco la cabeza para mirarle a la cara. Sonrió, volvió a aplastarse contra él, le acarició los labios un instante con la lengua y luego saltó de la cama y desapareció en el cuarto de baño.

Más tarde, tendida a su lado, murmuró entre el humo de un cigarrillo:

—Ahora puedes hablar de lo que sea que querías decirme. Él suspiró.

—No puedo explicarte las razones ahora, pero quiero que trates

de recordar lo que pasó en la fiesta de Tildeman, hace dos años, después de la primera noche.

—¡No me lo recuerdes, maldito bastardo del demonio!

—¿Yo?

—¡Tildeman, tonto! Oye, te confieso que me costó decidirme cuando vinieron a buscarnos, a pesar del montón de dinero que nos ofrecieron por adelantado. Pero... en fin, ojalá no hubiera aceptado.

—Ya sé que fue algo muy malo.

—¡Qué diablos sabes!

—Por lo menos, ya oí lo que pasó la primera noche.

—¿Todo?

—Bueno, casi todo.

—¿También lo que nos obligaron a hacer a nosotras?

—Sí.

Ella suspiró y volvió a clavar la mirada en el techo.

—Eso fue solo el principio. Lo demás es mucho más sucio. Me da náuseas recordarlo siquiera, y te aseguro que me creía acolchada contra cualquier barbaridad.

—No pretendo que me cuentes lo que puedo imaginar por mí mismo sin esfuerzo. Sólo dime si durante aquellos días y noches que duró la orgía viste algo, cualquier cosa que fuere, más sórdida que lo demás.

—Todo fue sórdido. No lo creerías si te lo contara.

—¡Maldita sea! No quiero saberlo, puedo imaginarlo sin esfuerzo. Pero, si algo pasó, debió ser algo que escapara a todos los controles.

Ella se incorporó sobre un codo y sus ojos, húmedos y brillantes se clavaron en la cara tensa de él.

—Bill...

—¿Sí?

—¿Cómo lo supiste?

—¿Cómo supe qué?

—Aquello tan horrible.

—Espero que me digas a qué te refieres.

—Pero sabes que pasó algo espantoso... Trumbo sacudió la cabeza.

—Todo lo que sé es que, sea lo que fuere que sucedió, debió ser superior a la orgía, a la bacanal y al desenfreno. Tan grave que

motivase un chantaje que ha durado dos años y que ha llevado a alguien hasta el crimen. Y debió tratarse de un chantaje que no estaba basado en las acostumbradas orgías de Tildeman y su rebaño de viciosos. Ninguno de ellos habría pagado un centavo por ocultar sus desvíos sexuales. Son demasiado influyentes... y depravados. ¿Qué fue, nena?

—Jamás he hablado de eso con nadie. Tenía miedo hasta de recordarlo.

—Nadie sabrá nunca que me lo has contado.

—Te lo diré, Bill. Eso ha estado atormentándome desde entonces. Él esperó pacientemente.

Al fin, Samantha dijo:

—Los enviados de Tildeman nos llevaron a la fiesta, eso ya lo sabes.

—Seguro.

—Dos de las chicas se asustaron. Se dieron cuenta de que se habían metido en un infierno y no tenían experiencia para capear el temporal. Bueno, trataron de huir, histéricas, vomitando...

Él rechinó los dientes.

—¡Acaba!

—Cuando oí los gritos, yo me oculté tras unos cortinajes, arriba, en el primer piso. Una de las muchachas apareció corriendo desnuda y dando gritos. Tras ella, uno de los vigilantes la seguía y logró alcanzarla en el rellano. Le dio un terrible empujón y la desgraciada cayó escaleras abajo. Se rompió el cuello.

—Entiendo. ¿Y la otra? Samantha se estremeció.

—Lo de la otra fue peor...

—Tómate tiempo si estás nerviosa. Hasta la noche no voy a separarme de ti.

—La noche... ¡Falta tan poco tiempo!

Él esperó, quieto, silencioso al lado de la muchacha. Pero esa inmovilidad ocultaba el raudal de cólera que le invadía por instantes.

—A la otra la atraparon entre dos de los vigilantes.

—¿Y...?

—Les vi arrastrarla hasta una habitación. Luego, subieron Tildeman y tres hombres más, todos invitados suyos. Dos de ellos son políticos que aparecen en los periódicos muy a menudo.

También entraron en aquel cuarto.

—¿No te descubrieron?

—No. Tan pronto cerraron la puerta me deslicé hacia una habitación desierta y me encerré por dentro, con llave. Cada vez que alguien pretendía entrar, gritaba que «nos» dejaran en paz. Simulé que estaba acompañada, ¿comprendes?

—Perfectamente.

—Pero les oí... y la oí a ella...

—¿Qué fue lo que oíste? Ella tragó saliva.

—Primero, las voces. Luego, alguien salió. Uno de los vigilantes. Se alejó, pero no tardó en volver. Atisé por una rendija. El maldito llevaba un palo de béisbol. Entonces empezaron los golpes, y los alaridos, y las risotadas, y ellos gritándose unos a otros dándose ánimos... Fue algo que nunca pude olvidar.

Bill Trumbo temblaba de ira.

—Era cuanto quería saber.

—La mataron también, aunque ninguna de las dos apareció jamás.

—Tildeman tiene gente experta a sus órdenes. Ella le abrazó desesperadamente.

—¿Qué te propones hacer?

—No te gustaría saberlo. Permanecieron abrazados, en silencio.

La claridad del día desapareció de la ventana. La noche penetró en la habitación envolviéndoles en un manto cómplice de silencio y tinieblas.

Con un suspiro, Bill se levantó. Ella susurró:

—¡Espera!

Estuvieron unos instantes inmóviles, mirándose en la oscuridad. La muchacha dijo:

—Pensaba que ya estaba curtida. Me equivoqué. Todavía soy capaz de perder la brújula por un hombre. Y lo malo es que no sé si alegrarme o no.

—Eso es algo que habrás de decidir tú.

—Estoy acostumbrada. Todas mis decisiones he debido tomarlas siempre yo sola. ¿No volveré a verte?

—No lo sé. Probablemente no. Ella asintió con un gesto.

Con voz tensa barbotó:

—Ojalá no hubieras vuelto, Bill.

—Nadie más que tú podría...

Repentinamente, ella saltó de la cama y se abrazó a él salvajemente, ocultando la cara en su hombro.

—No me creas —musitó—. Siempre deseé volver a verte.

—Samantha...

Ella se soltó. Su cuerpo desnudo resplandeció un segundo contra el rectángulo de la ventana. Luego, la oyó recoger el bikini y repitió:

—Samantha, escúchame...

—No quiero. No quiero oír nada. Buena suerte... Bill.

Su voz se quebró con un sollozo. La puerta se abrió y volvió a cerrarse de golpe y él se quedó solo.

Encendió la luz y empezó a vestirse. Comprobó la carga del pesado revólver rechinando los dientes y tratando de olvidar a Samantha y su apasionamiento, concentrándose en lo que ella le había contado.

La ira era un tumulto casi doloroso dentro de él cuando abandonó el hotel.

CAPÍTULO XIII

Atravesó el arco flanqueado por los dos pelados cráneos; el del hombre y el de la bestia.

Nada había cambiado, pero algo iba a cambiar dentro de poco.

Condujo el coche alquilado casi un par de millas, hasta el grupo de árboles que recordaba. No encendió los faros en todo ese recorrido por tierras de Tildeman.

Continuó el camino a pie, apartándose de la carretera. Antes de llegar a los jardines del rancho vio las luces, muchas menos que las que viera dos años atrás.

Con extremada cautela, se internó por entre la vegetación de los jardines. Tildeman debía disponer de guardianes durante todo el año, no sólo en sus desenfrenadas orgías.

Vio el primero cuando llegó cerca de la piscina. El hombre estaba recostado contra un árbol y fumaba distraídamente un cigarrillo.

Bill dio un rodeo, y cuando el hombre aplastaba la colilla bajo el pie recibió un salvaje culatazo que le derribó, más muerto que vivo.

Bill le registró, apoderándose de una pesada pistola automática que arrojó a la piscina. Tras esto le ató con su propio cinturón y, tras amordazarlo, le dejó bien oculto entre unos arbustos.

Una puerta lateral estaba abierta y se coló por ella.

Atravesó una cocina, un comedor de medianas dimensiones, un pasillo y otra sala, y otro largo pasillo y sin saber cómo se encontró en el oscuro vestíbulo.

Recordó otra noche, hacía dos años, reconstruyó sus pasos de aquella ocasión y localizó así una puerta por debajo de la cual brillaba una línea de luz.

Con infinito cuidado abrió la puerta lo justo para atisbar por la

rendija. Vio el bar, los estantes con botellas, las librerías, los cuadros... y al hombre sentado en un taburete, junto a la barra.

Acabó de abrir la puerta silenciosamente. No había nadie más en la estancia.

Evan Howard Tildeman seguía siendo rechoncho y fofo, pero había cambiado mucho en esos dos años. Sus cabellos eran más ralos y estaban salpicados por numerosas canas. La mandíbula había caído y la piel del rostro estaba ajada, cubierta por infinitas arrugas.

Bill avanzó unos pasos y dijo:

—¿Piensa en futuras bacanales, Tildeman?

El hombre dio un respingo, volviéndose a medias.

Parpadeó. Sus ojos mortecinos estaban rodeados de círculos violáceos. El rostro no era más que una máscara disipada y destruida por la depravación y los excesos de toda índole.

—¿Quién le ha dejado entrar? Debieron advertirme...

—No sólo el físico se le ha arruinado, sino también la memoria. Pensé que me recordaría.

—No entiendo cómo llegó hasta aquí sin que nadie le anunciara, pero ya arreglaré eso.

—Va a tener otras cosas mucho más importantes para arreglar antes de que yo me vaya. ¿No me invita a un trago? Bebería cualquier cosa. Excepto vitriolo, claro.

—Le he visto en alguna parte, alguna vez...

—Aquí mismo.

Tildeman atrapó su vaso. Lo miró un instante y luego lo vació de un trago.

Bill Trumbo rodeó el mostrador y fue a servirse a sí mismo una generosa dosis del excelente *whisky*. Le añadió hielo y cuando levantaba el vaso en un brindis burlón el millonario murmuró:

—Usted es Trumbo.

—Ajá.

Saboreó el licor. Tildeman barbotó entre dientes:

—Jamás pensé que volvería a verle. Fui demasiado blando con un desgraciado como usted.

—¿Blando?

—Debí acabar con usted desde el principio.

—Reconozco que lo intentó... las dos veces.

—¿Dos?

—La primera, cerrándome todas las puertas de Nueva York.

—Eso no fue suficiente.

—No, Tildeman. Para acabar con un tipo como yo hay que enterrarlo.

—Ésa es una gran verdad —suspiró el aludido.

—También en ese entierro falló, gran hombre.

—¿Yo quise enterrarle?

—Bueno, el trabajo pensó dejarlo en manos de sus esbirros de San Francisco. Le consultaron por teléfono y usted les ordenó tratarme como a Golden Trudy... Un tratamiento de plomo. Sólo que su gente, Tildeman, son muy buenos cazando incautos en sus tierras, pero no tienen nada en la cabeza. Bueno, ahora no les quedan ni los pocos sesos que atesoraban porque yo se los volé.

El millonario empujó su vaso vacío y gruñó:

—Llénelo.

Lo hizo y masculló:

—Ahí tiene, hijo de perra, y ojalá reviente.

El potentado bebió casi la mitad del *whisky* antes de preguntar:

—¿Qué otra cosa hice, según su delirante imaginación?

Bill rechinó los dientes. Iba a hablar cuando advirtió un leve movimiento en la oscuridad que había más allá de la puerta entornada.

Dejó el vaso con calma, recostándose en la pared de tenía detrás.

—Usted ha llegado a creerse poco menos que un dios, Tildeman. Un dios con pies de barro. Tiene tanto poder que puede conseguirlo todo, hacerlo todo, por sucio y denigrante que sea... como perseguir durante meses y meses a Irina, acosarla hasta la desesperación. Incluso puede ordenar a sus matones que la raptan para entregársela en bandeja. ¿Cómo pensaba poseerla, con todo el odio, el asco y el desprecio que ella siente por usted? No sería mediante otra boda de escándalo como la anterior, digo yo. ¿O quizá por la fuerza, amarrada de pies y manos a la cama, desnuda, con las piernas abiertas? Así estaba cuando yo la liberé de sus asesinos a sueldo.

Esta vez, Tildeman dio un respingo.

—¿Que usted...?

—Maté a sus dos hombres, aunque no pude evitar que

asesinaran a la bailarina de abanicos. Luego, encontré a Irina y la puse en lugar seguro. Pero ya que estamos en eso déjeme decirle que el asesinato de Golden Trudy fue perfectamente inútil. No tenía ni idea del paradero del archivo de Cope. Las pruebas que él poseía contra usted y sus corrompidos y sádicos amigos eran explosivas, pero la pobre chica ignoraba el escondrijo, como lo ignoraba usted. Como sigue ignorándolo.

—Habla como si usted lo conociera.

—Y lo conozco. Tildeman. Sé cómo localizar el material. Cuando lo tenga en mis manos lo entregaré a todas las revistas de escándalo del país, a toda esa basura que usted conoce muy bien. Quizá sea la primera vez que esas chismosas hagan un trabajo honesto.

—Está loco. Trumbo. Si sabe cómo obtener ese material puede convertirse en un hombre rico.

—Olvédelo. Todo lo que deseo es hundirle a usted y a su maldita ralea, incluyendo los políticos corrompidos que gozaron en una orgía sádica, matando a una chica con un bate de béisbol.

—Lo sabe todo, ¿eh?

—Poco más o menos. Le advertí una vez que yo juego muy rudo cuando me obligan y ahora va a comprobarlo.

El millonario sacudió la cabeza.

—Usted no hará nada de eso.

—Acabe su bebida, gran hombre. Tengo un programa especial para usted.

—Nunca saldrá de aquí vivo.

—Siga soñando, eso no cuesta dinero.

Bill acabó su bebida y abandonó el vaso. Su mano se deslizó hacia el revólver. La puerta acabó de abrirse poco a poco y una mujer quedó bajo el umbral.

Tildeman estaba de espaldas y no la vio, pero Trumbo sí. Pudo contemplarle a placer hasta que ella volvió a moverse.

Irina había tenido razón. Aquella mujer aparentaba cincuenta años y era una pura ruina. Tenía los ojos tan apagados que daban grima y la piel del rostro parecía a punto de caerle a pedazos.

—Ha sido una conversación muy edificante —dijo de pronto, echando a andar hacia ellos.

Tildeman masculló un juramento y apenas si ladeó la cabeza.

Bill se puso rígido. Acababa de descubrir la pequeña pistola que

llevaba en la mano. Parecía un juguete y no amenazaba a nadie con ella.

El millonario barbotó:

—Vete a tu cuarto. Trumbo y yo arreglaremos este asunto.

—No podrás arreglar nada. No con un hombre como Trumbo.

—Tonterías, le pagaré. Aún no ha nacido un hombre que no tenga un precio.

Nora se disponía a replicar cuando sonaron pasos precipitados y un individuo alto y corpulento apareció en la entrada.

—¡Señor Tildeman! —exclamó—. Hemos encontrado a... Disculpe, pensé que estaba usted solo.

—¿Qué pasa?

Bill tenía el revólver en la mano, pero oculto por el mostrador. El guardián, apurado, anunció:

—Alguien golpeó a Glaub, señor. Estaba atado y amordazado entre unos arbustos del jardín.

—Un buen descubrimiento, aunque tardío. El intruso está aquí —graznó Tildeman señalando a Trumbo.

El guardián se quedó helado. Él había creído que el hombre del mostrador era un amigo del millonario.

Luego, cuando decidió actuar, se encontró mirando el revólver de gran calibre y cañón corto que le amenazaba por encima de la barra.

—Acércate, hermano —ordenó Bill—. Sé que llevas un arma en alguna parte. Y usted, señora, mejor será que deje caer ese juguete. No me gustaría tener que hacerle daño.

Un chispazo de cólera relampagueó en los ojos de Tildeman.

—¡Maldita estúpida! —gritó—. Vienes aquí con una pistola y ni siquiera tienes el sentido común de pegarle un tiro a ese bastardo.

Trumbo ordenó:

—Tú, matarife, saca la pistola con cuidado y déjala caer al suelo. Y eso va a también para usted, señora.

Ella sonrió. Fue una sonrisa tan fría como un témpano de hielo.

El guardián sacó una automática del «45» sosteniéndola con dos dedos y la dejó caer sobre la alfombra.

Nora dijo:

—Aunque no lo crea, Trumbo, no pensaba disparar contra usted.

—Prefiero no tener que comprobar sus buenas intenciones. Ella

soltó su arma y fue a sentarse en una butaca.

Bill suspiró.

—Bueno —dijo—, eso vuelve a estar en debida forma. Sé que Marcus Cope le sometía a chantaje, a usted y a dos o tres más de sus degenerados politicastos amaestrados. Supongo que ordenó matarlo con la esperanza de recobrar el material.

—Tonterías. Supe que había muerto cuando lo leí en los periódicos. Ni siquiera sabía quién estaba detrás de la extorsión, y me importa un cuerno que lo crea o no.

Suavemente, Nora susurró:

—Al querido Marcus le maté yo, Trumbo.

Bill no se cayó de espaldas de milagro. Tildeman dio un bote en el taburete, volviéndose estupefacto.

—¡Tú! —jadeó.

—Era tan puerco como tú, querido. Quizá un poco más... Me obligaba a hacer cosas horribles. Me cansé. Y él me dijo lo que pensabas hacer con mi hermana... Bueno, le maté —terminó apaciblemente, con una espeluznante sonrisa.

Tras un silencio, Tildeman gruñó:

—Lo arreglaré, no tienes nada que temer. Marcus se lo había ganado, pero yo hubiera preferido recobrar lo que tenía.

—Eso ya está fuera de su alcance —le espetó Bill.

—Aún no. Le pagaré un millón, Trumbo. En metálico, sin recibos, sin impuestos. Un millón limpio.

—¡Cristo! Un millón de dólares...

—Tiene mi palabra.

—Apenas puedo creerlo.

—Sabía que todo hombre tiene un precio.

—El mío, según usted, es un millón libre de impuestos.

—Sí.

—Hay que ver lo que se pierde uno.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que mi precio es infinitamente más bajo, Tildeman. Doscientos pavos al día, más gastos, incluida la bebida y los desplazamientos, así que puede comerse usted su millón de dólares, porque ese dinero incluye vidas de seres humanos, la degradación de esa mujer y la seguridad de otra que es mía, a la que amo, ya la que usted acorraló como a una pieza de caza.

—De modo que no acepta...

—No, Tildeman. De cualquier modo podrá ver esas fotos y toda la historia publicadas en todas las revistas de chismes del país. El escándalo, esta vez, le aplastará porque, después de la publicación, los periódicos no podrán eludir el tema, así que no quedará nadie en todo el país que no sepa la clase de bestia dañina que es usted.

Nora murmuró:

—No lo conseguirá, Trumbo. Ganará él. Tildeman siempre gana... en todo.

—No esta vez.

Bill salió del mostrador. Se quedó rígido, desafiando al millonario con la mirada. Al fin logró sonreír.

—Debería matarle sin más, Tildeman, pero le dejaré vivir un poco más, sólo para tener el placer de verle hundido, caído de su pedestal. No tengan prisa en salir de aquí si saben lo que les conviene.

Recogió la pistola del guardián y salió. Tildeman rugió:

—¡Llama a todos los demás! Ese maldito no debe salir de las lindes del rancho. El pistolero giró sobre los talones y salió.

Fuera del salón sonó el retumbante estampido de un revólver. El guardián apareció dando tumbos, pegó de cara contra el quicio de la puerta y se desplomó de bruces.

Maldiciendo a gritos. Tildeman se acercó al hombre. Vio el agujero en su frente y se echó atrás.

—¡Le cazarán! —barbotó—. ¡No podrá escapar! Tras él, Nora dijo con voz queda:

—Tú tampoco, «querido».

La palabra querido sonó como algo nauseabundo. Tildeman giró en redondo.

Nora había recuperado su pequeña pistola y le apuntaba con ella sin un temblor, con una determinación implacable.

Fuera de la estancia alguien gritó. El estampido había sembrado la alarma. Otra voz chilló:

—¡Señor Tildeman!

Nora apretó el gatillo ante la mirada espantada de su marido.

Tildeman se encogió sobre sí mismo, apretándose el estómago con las manos. Nora se rió cuando disparaba de nuevo.

—¡No... espera...! —La voz de Tildeman se quebró y cayó de

rodillas.

En la puerta aparecieron tres hombres armados. Se quedaron paralizados de estupor ante la escena.

No salieron de su parálisis hasta que ella apretó el gatillo una y otra vez, hasta vaciar el cargador. Las balas eran pequeñas, pero a esa distancia eran tan mortales como las de un «45».

El millonario era un fardo gimoteante en el suelo cuando ella dejó de presionar el gatillo.

Uno de los guardianes jadeó:

—¡Maldita sea! ¿Qué hacemos ahora?

—Yo me largo de aquí.

—No pueden culparnos... Nora dijo pausadamente:

—Váyanse, márchense todos. Si se quedan declararé a la policía todo lo que sé sobre ustedes.

No lo pensaron mucho. Uno tras otro salieron de estampida.

Nora dejó la pistola sobre el mostrador. Tildeman dejó de arañar la alfombra y murió en medio de una atroz convulsión.

La mujer se preparó un *whisky*. Las lágrimas rodaban por sus destruidas mejillas. Pensaba en su hermana, en Trumbo, en otra vida limpia y feliz... que estaba fuera de su alcance.

Se bebió todo el *whisky* de un trago y fue hacia el teléfono.

CAPÍTULO XIV

El oficial dijo:

—Hemos localizado el envío, señor Trumbo.

—Estaba seguro que lo encontraríamos en una oficina de correos. Había resguardos de varios envíos certificados dirigidos siempre a un apartado. ¿En qué oficina está?

—En Petaluma.

—Ya veo. Cope enviaba el material a un apartado y lo mantenía allí cierto tiempo, hasta que alquilaba otro en distinto lugar, sacaba el paquete y lo expedía de nuevo. Un tipo muy ingenioso. ¿Podemos ir a recogerlo?

—Necesitamos una orden judicial.

—Usted la conseguirá. Entretanto yo hablaré con el teniente McCabe y los dos le esperaremos a usted en Petaluma.

—Conforme. Calculo que estaré allí en un par de horas.

Truman encontró al teniente haciendo gala de un humor de perros. McCabe gruñó:

—Usted es el único que me faltaba esta mañana.

—Debería recibirme con bandera y banda de música. Le traigo dos asuntos resueltos. El asesinato de Cope y el chantaje que éste había organizado.

McCabe dio un brinco.

—¿Quiere tomarme el pelo?

—Hablaremos durante el viaje. Hemos de dirigirnos hacia Petaluma sin perder un minuto.

—¿Está allí el asesino de Cope?

—No, sólo las pruebas del chantaje.

—Entonces se queda sin banda de música. Supongo que sabe usted de qué está hablando, Trumbo...

—Seguro que lo sé. ¿Va a venir o no?

Rezongando, el teniente le siguió después de dar un par de órdenes a su gente.

Mientras conducía su Mustang, Bill explicó todo lo que sabía sobre el caso, del principio al fin, incluida la confesión de Nora.

Dijo:

—En su estado ningún jurado la condenará. Habrán de internarla en una clínica... si no se pega un tiro ella misma.

—Trumbo, ha hecho un buen trabajo. No muy limpio, pero un buen trabajo, a pesar de haberme escamoteado a la chica.

—Ella no sabe una maldita palabra de este asunto. McCabe le miró de reojo.

—¿Qué cree que contienen esas fotos? —preguntó.

—No lo sé. Presumiblemente, escenas de la muerte de dos muchachas, una de ellas apaleada con un bate de béisbol por dos o tres importantes magnates de nuestra política... y Tildeman, por supuesto. Cope debió moverse mucho aquella noche...

El teniente sacudió la cabeza. Pensaba que no creería ni la mitad de todo aquello a menos que hubiera pruebas irrefutables.

Sus dudas se dispararon en cuanto tuvo el material entre las manos.

Eran fotos, desde luego, pero también una relación de nombres que le dejaron helado, porque eran los de gentes que ocupaban puestos de privilegio en todas las esferas del poder y las finanzas.

En una aparecía el cuerpo de una mujer desnuda al pie de unas escaleras. Tildeman y tres hombres más estaban inclinados sobre ella.

Las otras mostraban el interior de una habitación. Aunque por la falta de luz no eran excesivamente claras, podía distinguirse muy bien a la mujer sobre una cama, retorcida y llena de sangre, y a un hombre gordo, desnudo, sujetando un palo de béisbol manchado de sangre. Lo levantaba sobre el cuerpo roto de la mujer, y a su alrededor, también desnudos, excitados, estaban Tildeman y otros dos de los hombres prominentes.

Había también unas notas aclaratorias de la foto, los clichés y otra copia. Bill dijo:

—Cuando eso se publique Tildeman estará acabado, a pesar de todas sus influencias. McCabe gruñó:

—Espere un minuto. No puedo autorizarte a disponer de esas fotos. Ahora se han convertido en pruebas de convicción para el juez.

El oficial de la policía postal dijo:

—A veces me gustaría saltarme las leyes, si con ello podía darle su merecido a un degenerado como el de esas fotos. Opino que Trumbo tiene razón, McCabe. Ese fulano dispone de los mejores abogados del país y...

—Yo no puedo hacer nada. No quiero jugarme el empleo. Bueno, vayamos a su oficina y le firmaré un recibo por toda esta basura. Mucho cuidado, Trumbo, no vaya a perder de vista el material... Sé perfectamente que hay «una» copia de cada fotografía.

El policía de correos enarcó las cejas. Dio media vuelta y se encaminó a la oficina.

Bill suspiró. Tomó una copia de cada fotografía y se las metió en el bolsillo. Cuando salió, sobre la mesa quedaban, ciertamente, una copia de cada foto tal como dijera el teniente.

* * *

La bomba estalló en todas las revistas de escándalo a un tiempo. Las fotografías, ampliadas, y el relato de toda la historia, provocaron un escándalo como jamás se había conocido otro.

Claro que para el principal protagonista eso ya no importaba porque estaba muerto, pero sirvió para derribar un mito.

Bill cerró la última de las revistas. A su lado, Irina murmuró:

—¿Qué será de Nora, Bill?

—No creo que la procesen siquiera. Será internada en un sanatorio sin la menor duda.

—Mamá no se aparta de ella. Ojalá pueda soportar la prueba sin desfallecer.

—Seguro que sí, encanto. Y ahora, ¿por qué no te preocupas un poco de ti para variar?

Ella sonrió.

—Mejor será que empiece a ocuparme de los dos.

Le abrazó y se besaron larga, profundamente, en medio del silencio.

Para decir la verdad, se ocupó tan minuciosamente de los dos que el trabajo le duró toda la noche.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas)(para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron(en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.